

La política cultural del Partido Comunista de la Argentina durante el *tercer período* y el problema de su autonomía respecto del Partido Comunista de la Unión Soviética*

The cultural policy of the Communist Party of Argentina during the *third period* and the problem of its autonomy from the Communist Party of the Soviet Union

Víctor Augusto Piemonte**

Resumen

El objetivo central de este trabajo es abordar el problema de la relación entre las políticas culturales oficiales del Partido Comunista de la Argentina y del Partido Comunista de la Unión Soviética a partir de la apropiación de los lineamientos soviéticos por el partido argentino durante los primeros años de la década de 1930. Para ello se analizarán las publicaciones culturales afines o controladas por la dirección comunista argentina. Se recuperará, en primer lugar, la discusión originada en torno de la autonomía de la cultura y del rol del intelectual que encabezaron Rodolfo Ghioldi y Roberto Arlt, y que fue continuada y resignificada por Carlos Moog y Raúl González Tuñón.

Palabras clave: Partido Comunista de la Argentina, Unión Soviética, política cultural, intelectuales

Abstract

The central aim of this work is to tackle the problem of the relation between the official cultural policies of the PCA and the Communist Party of the Soviet Union from the appropriation of the Soviet guidelines for the Communist Party of Argentina during the first years of the decade of 1930. We will analyse the cultural publications related or controlled by the Argentine communist direction. Firstly, we will recover the discussion originated around the autonomy of culture and the role of the intellectual led by Rodolfo Ghioldi and Roberto Arlt, and which was continued and resignified by Carlos Moog and Raúl González Tuñón.

Keywords: Communist Party of Argentina, Soviet Union, cultural policy, intellectuals

* Una primera versión muy reducida de los primeros resultados de este trabajo se presentó en las *V Jornadas experiencias de la diversidad/ IV Encuentro de discusión de avances de investigación sobre diversidad cultural*, Facultad de Humanidades y Artes-Universidad Nacional de Rosario, Agosto de 2012.

** Argentino. Profesor de Historia por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente cursa estudios de doctorado sobre las relaciones entre el PCA y la Unión Soviética en tiempos de la Tercera Internacional con una beca del CONICET. augusto.piemonte@gmail.com

Introducción

Cuando el golpe de estado del 6 de septiembre de 1930 puso fin al segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen, dando comienzo al largo período de interrupción del sistema constitucional encarnado en la *Década Infame*, los trabajadores argentinos llevaban a cuestas una larga tradición de luchas económicas y sociales. El desarrollo en el país del anarquismo, el sindicalismo y el socialismo fueron expresiones concretas de dicha situación. Del mismo modo, la expansión del comunismo se convirtió en una realidad incontrastable al promediar los años veinte. A partir de entonces, la penetración comunista en la clase obrera argentina revistió una significación cada vez mayor que se fue viendo reflejada principalmente en el plano sindical, pero que, producto de su adscripción a una ideología que tenía por meta revolucionar la sociedad mundial, no podía dejar de encontrar expresión en otros aspectos de primer orden para la vida colectiva. En este sentido, la acción comunista intentó intervenir en el horizonte cultural de los trabajadores de la Argentina. Una vez producida en 1927 la expulsión de José Penelón de la dirección del Partido Comunista de la Argentina (PCA), quedó inmediatamente consolidado el dominio absoluto de la dupla conformada por Victorio Codovilla y Rodolfo Ghioldi, quienes dentro del concierto de partidos comunistas suscriptos a la Internacional Comunista (IC) adscribieron a las posturas mantenidas por Stalin en su lucha facciosa por el control de los mecanismos de poder del Partido comunista de la Unión Soviética (PCUS). A partir de entonces se hizo evidente la adopción indiscutida por parte de la dirección argentina de los grandes lineamientos trazados por Moscú.

Por tal motivo, se propone aquí el abordaje relativo al problema de la relación entre la política cultural oficial del PCA y del PCUS a partir del análisis de la apropiación de los lineamientos soviéticos por el PCA en diarios y revistas afines o controlados por la dirección comunista argentina durante la segunda mitad de la década de 1920 y el primer lustro del decenio siguiente. Al proceder mediante esta metodología entendemos que la inmediatez implícita en los periódicos -indisociables de la realidad concerniente a los momentos mismos en que cada uno de sus números es producido-, al entrelazarse con la vigencia menos limitada de las revistas -atadas a la duración y la suerte que corran las coyunturas que animan sus apariciones-, (Sarlo 1992, 9; Pasternac 2002, 7) permitirá dar a las hipótesis que serán desarrolladas una sustancia mayor y más precisa a la hora de efectuar una comprensión diacrónica del proceso abordado. El recorte temporal aquí seleccionado versará sobre los años en que tuvo su implementación la llama política del *tercer período*, la cual fue adoptada tras la celebración del VI Congreso de la IC en 1928, y que consistía en identificar la existencia de dos únicos grupos antagónicos, el comunismo y el fascismo, debiendo ser la tarea fundamental del primero combatir al segundo en una lucha total de *clase contra clase*.

La política internacional y el desarrollo del comunismo en la Argentina

Desprendida ella misma de un acontecimiento de primer orden mundial como lo fue la Gran Guerra de 1914, la Revolución rusa de 1917 constituyó un hecho político-social que adquirió en forma inmediata trascendencia internacional. Para ese entonces los movimientos obreros de las naciones más industrializadas de Europa se hallaban en plena efervescencia, tanto en el sentido correspondiente a la lucha económica como en lo concerniente a la lucha política. Por su parte, y si bien se trataba de un país sumido en un proceso de desarrollo industrial incipiente, la Argentina contaba con un movimiento obrero organizado y combativo (Godio 1987, 1988). En tales condiciones, el proletariado argentino no dejaría pasar desapercibida la ruptura signada por la experiencia soviética; al contrario, las noticias recibidas de Moscú catapultaron la cristalización de aquel proceso de segmentación política que a lo largo de toda su historia acompañó al Partido Socialista Argentino, consistente en el antagonismo irresoluble entre el positivismo reformista encarnado por Juan B. Justo y el ímpetu revolucionario cuya figura más emblemática fue la de José Penelón. Este proceso concluyó en la conformación de un nuevo partido político que arrogaba para sí mismo el derecho de ser el único y genuino representante de los intereses de la clase obrera: el Partido Socialista Internacional, futuro Partido Comunista de la Argentina.

En los momentos cruciales en que la Segunda Internacional Socialista discutía el carácter burgués e imperialista de la confrontación bélica europea y se proponía el trazado de estrategias acordes a cada lectura de la realidad coyuntural, los internacionalistas argentinos, sin tener la posibilidad de conocer las tesis leninistas post-Kienthal acerca de la reconversión del conflicto internacional en conflicto interclasista, continuaron alineados detrás de las posiciones mayoritarias del ala izquierda socialdemócrata. Sus esfuerzos se volcaban, por tanto, a conservar la neutralidad que el gobierno de Yrigoyen había asumido como compromiso de Estado. Esta defensa de la neutralidad oficial no partía de preceptos pacifistas, sino que se sustentaba en un neutralismo militante, producto de las largas reflexiones socialdemócratas en torno de las estrategias geopolíticas que eran recogidas y resignificadas por los marxistas argentinos. Esta postura no les impidió que, tras la toma bolchevique del Palacio de Invierno, los fundadores del comunismo argentino se apresuraran a saludar la conformación del “primer estado obrero de la humanidad”.

Tal como se advierte, no se trata aquí de realizar una contextualización yuxtapuesta al recorrido argumental propuesto, sino de integrar en una dimensión orgánica y multiforme aquellos elementos que, así como lo señala Sylvia Saítta, confluyeron en la identificación de las prácticas intelectuales de izquierda principalmente con “el alto grado de internacionalización de su compromiso político” (Saítta 2001, 392). En otras palabras, nuestra intención es la de situar en un marco de referencia específico la intervención intelectual y cultural de los comunistas argentinos hacia el interior de un panorama que, por el signo cambiante de los tiempos, promovía la reformulación de la función social de dicha práctica en un sentido que no era monopolio de este núcleo político. No obstante, al hacer hincapié en el complejo de relaciones instituidas entre el PCA y el PCUS por medio de la IC, intentamos dar satisfacción a nuestro propósito de destacar la singularidad del proceso

de transformación del rol intelectual dentro del grupo político de nuestra competencia, estableciendo en este procedimiento un distanciamiento con la homogeneización metodológica asumida por Saítta. No todos los acontecimientos que signaron transversalmente el período de entreguerras fueron recibidos con el mismo interés ni analizados bajo la misma óptica. Interesa aquí recuperar y analizar, por tanto, las repercusiones que de los fenómenos más salientes del período se registraron tanto en la Unión Soviética como en la Argentina, a los fines de comprometer un estudio sobre la relación en la experiencia mediada entre los lineamientos programáticos del PCA y los grandes cambios de estrategias políticas configuradas por el PCUS, poniendo en el centro de la discusión, a modo de barómetro, el desarrollo de las prácticas culturales producidas en su seno. A diferencia de lo ocurrido para el caso de las demás corrientes políticas de izquierda, el comunismo argentino era, por las razones que acabamos de exponer, particularmente sensible a las derivas de la situación internacional.

La Segunda Internacional, a la cual adscribieron los internacionalistas argentinos a causa de su condición de militantes socialistas, tenía la característica especial de operar a modo de un foro donde se realizaba el intercambio de apreciaciones teóricas sobre cuestiones problemáticas comunes. La resolución de los conflictos planteados y discutidos en congresos y conferencias quedaba limitada exclusivamente a la competencia de cada partido socialista nacional (Kriegel 1968). Este principio organizativo resultó objetado con la emergencia de la Tercera Internacional Comunista. A través de su fundación en marzo de 1919, los comunistas buscaron responder a la necesidad de coordinar conjuntamente las acciones prácticas de las distintas secciones nacionales que componían el nuevo agrupamiento político-ideológico. Así, la IC surgía como el “partido del proletariado mundial”.

En el nuevo panorama internacional que se fue trazando durante el período de entreguerras, una vez terminada la guerra civil rusa y producida la estabilización mundial del capitalismo, la Unión Soviética quedaba al acecho de las agresiones de las grandes naciones occidentales. Cuando consolidó su poder hacia 1927, Stalin utilizó sistemáticamente las presiones de esta situación para avanzar en su proyecto de estimular la revolución industrial “desde arriba” (Carr 1984; Nove, 1991). La derrota de Trotsky y de su idea de “revolución permanente” había dejado vía libre para la construcción del “socialismo en un solo país”. Sobre la Unión Soviética se cernía la amenaza de un nuevo estallido bélico mundial, producto de la nueva crisis económica de 1929 y de la agudización de la lucha burguesa imperialista. El desarrollo de la industria pesada con fines armamentísticos aparecía como una necesidad de primer orden. Era, por tanto, obligación del proletariado mundial bregar por la preservación de la nación comunista. Con motivo los primeros diez años de existencia de la Unión Soviética se llevó a cabo una conmemoración a la que asistieron numerosas delegaciones de partidos extranjeros, en la que se decidió la creación las Asociaciones de Amistad con la Unión Soviética. Alentadas y ordenadas por la IC,¹ el

¹ Los amigos de la Unión Soviética “quedarían bajo el control de la Sociedad para las Relaciones Culturales con el Exterior (VOKS), con sede en Moscú, y, a su vez, del Comité Internacional de los Amigos de la Unión Soviética, cuyo director era Albert Jupkin, situado en Ámsterdam, tras haber funcionado previamente en Berlín hasta la implantación del régimen nazi. Estos organismos estaban sujetos a la influencia del Comisariado Exterior de la Unión Soviética.” (Garrido Caballero 2006, 266).

principal objetivo de las asociaciones, en su calidad de impares instrumentos propagandísticos, era el de trabajar en la activación de las fuerzas comunistas internacionales para la defensa de la Unión Soviética.

El Secretariado Político del CE de la IC cursó indicaciones a todas sus secciones para organizar una movilización de masas que debía desarrollarse el 1° de agosto de 1929 en todos los países del mundo en contra de la guerra imperialista anti-soviética que estaba en pleno proceso de gestación (*Archivo IC*, Comunicado del Secretariado Latinoamericano a todos los países de América Latina, Moscú, rollo 7, sección 16, 7/6/1926). El socialismo debía ser igualmente combatido, puesto que, aliado del imperialismo burgués, se convertía entre los trabajadores en su principal difusor y baluarte.² Esta percepción encontró un amplio espacio para su difusión en las páginas de *Actualidad*:

La guerra, que puede decirse ya se ha iniciado con la ocupación de Manchuria por parte de Japón, los violentos combates de Shangai, los preparativos bélicos del imperialismo japonés, el aumento creciente de los armamentos en Francia, Inglaterra, Polonia, Rumania, etc., son los primeros pasos que preludian el ataque a la URSS.

Esta política de guerra es apoyada por los jefes social-demócratas que aparecen en todos los asuntos primordiales, no sólo como defensores del imperialismo, sino como sus teóricos más destacados.

Repetto, el leader del socialismo argentino, en la discusión del presupuesto de guerra, manifestó cínicamente que “los socialistas no cultivan el militarismo, pero que después de haber apreciado las consecuencias de la revolución rusa, consideraba necesario que cada país asegure una defensa suficiente”, vale decir, lo suficiente como para sofocar los movimientos revolucionarios del proletariado (*Actualidad I*, N° 2, 5/1932: 1).³

Los campesinos y obreros argentinos estaban llamados a desempeñar un papel fundamental ante esta realidad. Siendo que el capital norteamericano y el británico se disputaban la región latinoamericana en su búsqueda por obtener materias primas -las mismas cuyo acaparamiento adquiriría especial significación en tiempos de guerra-, el nutrido grupo de los explotados y oprimidos de la Argentina debía estar preparado para oponerse de manera taxativa a la exportación de sus productos básicos.⁴ Contribuyendo al

² El propio Stalin, por entonces ya convertido en el máximo referente indiscutido del movimiento comunista internacional, comentaba en su informe ante el CC del XVI Congreso del PCUS del 28 de mayo de 1930: “Los partidos comunistas han dado pruebas de seguir por el buen camino al desplegar una guerra implacable contra la socialdemocracia, agente del capital entre la clase obrera; al combatir sin piedad todas las desviaciones del leninismo, que sólo sirven para llevar agua al molino socialdemócrata” (J. Stalin 1931, 27).

³ La alusión a esta amenaza será en la época una constante en la publicación. Ver, por ejemplo, *Actualidad económica-política-social*, *Actualidad*, I, N° 2, 5/1932: 1. La alusión a esta amenaza será en la época una constante en la publicación. Cf. *Actualidad*, por ejemplo, I, N° 3, 6/ 1932: 5; *Actualidad*, I, N° 5 (número extraordinario), 8/1932: 31-34; *Actualidad*, I, N° 10, 12/1932: 6.

⁴ Esta misma postura promovía en septiembre de 1932 el periódico *Mundo Obrero*, sucesor inmediato de *Bandera Roja*, cuando sostenía que el deber de los “OBREROS METALURGICOS, PORTUARIOS,

desabastecimiento de las principales naciones capitalistas, inminentes naciones beligerantes, los trabajadores argentinos habrían de prestar un ingente favor a la causa del proletariado mundial. De esta manera, cobra toda su dimensión nuestro planteo respecto de la necesidad de destacar la importancia especial que revistió desde un principio el desarrollo de la cuestión internacional para la realización de las distintas experiencias comunistas en el período considerado.

Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCUS

En los años del Primer Plan Quinquenal, el concepto de “revolución cultural” fue utilizado para referir a la confrontación política existente entre la *intelligentsia* burguesa rusa y el PCUS. En este proceso de lucha de clases en danza, comenzó a adquirir especial importancia la creación de una *intelligentsia* proletaria. Durante los primeros años posteriores al triunfo revolucionario, atravesados por la guerra civil contra los ejércitos blancos y de sus aliados llegados del extranjero, el Partido Bolchevique había evitado cualquier tipo de alineamiento con alguna corriente cultural en particular. A pesar de que los partidarios de la *proletkult*, en primer lugar, pero también de los futuristas y de otros grupos culturales izquierdistas, se pronunciaron de manera inmediata a favor de la revolución, y aún cuando estos dispusieron de una destacada exposición social, los bolcheviques se mantuvieron incólumes en su posición (Fitzpatrick 1985, 70).

Los orígenes de la *proletkult* se remitían al grupo *Vpered* que habían fundado algunos socialdemócratas rusos exiliados en Italia a comienzos del siglo XX y cuyo objetivo apuntaba a contribuir en la creación de un proletariado consciente e intelectualizado. Entre sus miembros originarios más destacados se encontraban Aleksandr Bogdanov y Anatoly Lunacharsky, quienes tendrían un papel central en la política cultural rusa que siguió al triunfo de la revolución. Dado que las urgencias de la guerra civil hacían de la cultura una cuestión de segundo orden para el flamante gobierno, recayó en los miembros de la *proletkult* la generación de toda una serie de prácticas culturales originales basadas en la experimentación artística (Figs 2006, 537-539). Se daba además la situación de que en su mayor parte las masas, sumidas en un analfabetismo que ascendía al 60% de la población, carecían del manejo de los conocimientos y las habilidades que debían brindar una instrucción general (Mezhúiev 1980, 239). Esta realidad llevaba al PCUS a advertir que el grueso de la población no se hallaba todavía preparado para aceptar una cultura socialista.

Tanto la ciencia como la cultura conformaron, en el período previo a la consolidación de Stalin en el poder, “una suerte de zona políticamente neutral” (Kagarlistky

MARITIMOS, FERROVIARIOS, Y DE TODAS LAS FABRICAS, PRIVADAS O DEL ESTADO, EN LAS CUALES SE PREPAREN MATERIALES GUERREROS”, era justamente la de evitar por todos los medios posibles que “¡NI TRIGO, NI ARMAS, NI CARNE, NI MATERIAL BELICO [salieran] DE NUESTROS PUERTOS O ESTACIONES, CON DESTINO A LOS PAISES EN GUERRA!”. *Mundo Obrero*, 10/09/1932: 2.

2006, 77). Esto no significaba que la cultura se desarrollara sin vinculaciones con la política. De hecho, había canales de circulación para discursos como el que por entonces promovía Bogdanov, figura fundante de la *proletkult*, para quien el arte y la crítica estaban llamados a desempeñar una función clasista sin parangón en el proceso organizativo del proletariado internacional:

[...] ¿necesita la clase obrera conocer otros tipos de organización aparte del suyo propio? ¿Puede, e incluso, en general, debe elaborar y conformar su propio tipo de organización de otra manera que no sea confrontándolo y comparándolo con otros tipos de organización, de otro modo que no sea criticándolos y volviendo sobre ellos, de otro modo que no sea empleando sus elementos? En ese caso, ¿quién habría podido introducirla en las profundidades mismas de otra organización de vida y de pensamiento mejor que un gran maestro-artista?
[...] el arte enseña a la clase obrera la organización universal y la solución universal de los problemas de organización; eso le resulta indispensable para poder realizar el ideal de organización mundial (Bogdanov, 1979, 54-55).⁵

A diferencia de lo que comúnmente sostenía el grueso de los pensadores marxistas rusos, Bogdanov había desarrollado la idea de que la cultura, la política y la economía conformaban esferas escindidas, lo que permitiría mantener la autonomía de cada una de ellas respecto de las demás. Las propuestas de Bogdanov no sólo no pasaron desapercibidas por el Partido Bolchevique, sino que además fueron recogidas por Anatoly Lunacharsky, quien, en su rol de flamante comisario soviético de educación, las llevó consigo para la planificación inicial del Comisariado Popular de Educación (*Narkompros*, según su acrónimo ruso) (Fitzpatrick 1969, 527-535; 1977, 113; Holter 1970, 262-282).

No obstante, la política no echó mano de la implementación de proyectos culturales de una manera activa y premeditada como se produciría algunos años más tarde. Eran tiempos agitados en los que el pragmatismo se imponía a toda previsión teórica, situación extrema que quedaba reflejada en el caso nodal del traspaso de la economía social igualitaria planteada en el VIII Congreso del PCUS (18 al 23 de marzo de 1919), provocado por de la escasez rampante de recursos alimenticios, hacia una economía cuyo desarrollo quedaba sustentada en la competencia laboral y la desigualdad salarial, según se proponía en el IX Congreso (29 de marzo a 5 de abril de 1920) (Wellisz 1966, 26). Esto redundaba en una visible liberalización del campo de la cultura y de las artes.

La “neutralidad” de la cultura era un síntoma de las particularidades de una coyuntura inédita y en pleno desarrollo en la cual no existían mecanismos pero tampoco motivaciones para coaccionar a críticos y artistas para que se mostraran partidarios del proyecto comunista. Una parte de la *intelligentsia* adhirió a los bolcheviques, otra parte se unió a los blancos, y la gran mayoría intentó encontrar un camino intermedio. Claro que en

⁵ La originalidad del ideario de Bogdanov en relación al rol de la cultura en la transformación social lo llevaba a establecer distinciones de clase basadas en función de la posesión de conocimiento que se expresaba en la formación de experiencias organizativas y de una ideología propias. (McClelland 1980, 409).

un contexto de guerra civil la adopción de una tercera posición era algo muy difícil de sostener, motivo por el cual no fueron pocos los miembros de este sector de la *intelligentsia* que se encontraron en la necesidad de emigrar. La relación entre los *intelligenty* y los bolcheviques era, en general, de cooperación conflictiva. (Kagarlitsky 2006, 78). La revolución abría un amplio acceso a la actividad cultural para los hijos de los trabajadores y para los miembros de las minorías nacionales. El número de estudiantes había crecido significativamente con respecto a los niveles de la preguerra. Los controles sobre la cultura no se habían extremado y los primeros pasos de la cultura dados en los años veinte fueron de expectativas abiertas. La censura distaba en mucho de ser practicada con el grado de sistematización que adquiriría durante el stalinismo maduro. Si bien los bolcheviques planeaban poner a disposición de los *intelligenty* el máximo de libertad creativa dentro de los límites de la dictadura revolucionaria, lo cierto es que la *intelligentsia* no dejaba de desconfiar de los bolcheviques. Y esta desconfianza fue confirmada en momentos en que se preparaba y se desarrollaba el X Congreso del PCUS.

En los primeros años de la NEP se conformó dentro del partido un grupo disidente que se hacía llamar Oposición Obrera, dirigido por Aleksandr Shliapnikov y Alexandra Kollontai, dos viejos y respetados militantes que habían ganado notoriedad desde los primeros días de la revolución. La Oposición Obrera esperaba que la organización y el control de la producción en las fábricas quedaran bajo el dominio de los obreros, representados por los sindicatos, en lugar de que las palancas de mando quedaran firmes en manos del Estado a partir de la militarización de las organizaciones sindicales propuesta por Trotsky. En paralelo al surgimiento de la Oposición Obrera, se produjo una insurrección de los marineros de la Armada Roja con base en Kronstadt, exigiendo concesiones para los obreros y campesinos. Las dos formas de disidencia reflejaban el sentimiento de profundo descontento frente a la tendencia de la política del partido. Los marineros de Kronstadt fueron masacrados por las unidades del Ejército Rojo. El resultado fue, para el partido, el reforzamiento de la unidad interna. En el X Congreso celebrado en marzo de 1921 se decidió el fin de las facciones en el partido mediante la imposición del centralismo democrático. El centralismo democrático implicaba que todos los afiliados al partido podían debatir libremente cualquier tema, pero la decisión política a la que se arribara tenía que ser asumida por todos ellos, manteniendo la disciplina interna del partido. No se admitían en él el surgimiento de facciones. En el afán por evitar disidencias que pudieran decantar en el estallido de nuevas guerra civiles, el PCUS dio curso a la prohibición de las actividades de grupos con plataformas propias en favor de la concentración de la autoridad en los órganos centrales del partido. Los socialistas revolucionarios de derecha (los de izquierda se habían sumado a las filas del bolchevismo) y los mencheviques fueron proscritos y sus órganos de prensa fueron prohibidos.⁶

Fue a causa de estas relaciones cada vez más tirantes entre los bolcheviques y los no-partidistas que se los primeros tomaron la decisión de no limitarse a hacer intentos por dialogar con la vieja *intelligentsia*, sino que al mismo tiempo intentaban crear en forma vertiginosa otra nueva. Una vez muerto Lenin y dejada de lado su concepción poco urgente

⁶ Sobre este proceso de supresión de expresiones políticas heterogéneas, son especialmente interesantes los estudios de Pirani 2008, 90-114 y Brinton 1972.

de las capacidades revolucionarias de la cultura según las condiciones de la Rusia de su tiempo, el método seleccionado por los comunistas para emprender la batalla por el campo de la cultura, sostuvo Sheila Fitzpatrick en un estudio célebre, pasó a ser nada menos que el de la guerra de clases (Fitzpatrick 1978, 8; 2005, 179-187).⁷ A partir del año de 1928 la relación entre cultura y política comenzó a sufrir una transformación radical dentro del movimiento comunista soviético, transformación que iba a ejercer una fuerte influencia sobre la dinámica impresa hasta entonces en las políticas culturales de las secciones nacionales integradas en la IC.

Algunos antecedentes inmediatos en el proyecto cultural clasista del PCA

En los primeros años de la década de 1920, el PCA careció de una orientación definida respecto de la cultura y el arte. Más aún, no hay indicios aparentes en sus publicaciones que indiquen siquiera un intento dirigido a subsanar esta situación, que poco más tarde sería asumida como una falencia y un factor de debilitación, pero que por entonces no representaban por sí misma un problema de consideración. Al igual que ocurría en la dirección bolchevique bajo el comando de Lenin, primaba en el partido argentino cierta perspectiva aperturista que habilitaba la convivencia entre tendencias estéticas eclécticas aún cuando no tuvieran demasiada posibilidad de establecer diálogos entre sí. Esto queda evidenciado particularmente al advertir que había todavía dentro del PCA espacios para las expresiones vanguardistas,⁸ contra las cuales se libraría una compulsa encarnizada al ser implementada la búsqueda por la construcción de una cultura propia del proletariado al finalizar la década.

La emergencia de estas vanguardias culturales se constituyó como una marca identificatoria de aquellos tiempos en que la “modernidad periférica” de Buenos Aires registraba “la convivencia conflictiva de obras cuyo texto plástico mantenía efectos residuales junto a otras que evidenciaban un cambio de lenguaje y exhibían distintos grados de renovación” (Sarlo 2003, 275). No obstante, en esta primera etapa de indefiniciones culturales, o más bien de definición por la participación abierta desprovista de descalificaciones taxativas fundamentadas en consideraciones clasistas, el PCA pudo seguir aplicando la postura lábil que para el trazado de programas en materia de arte y cultura había llevado adelante el PSA⁹ y que constituía una parte de la herencia ideológica sobre la cual no se había realizado todavía ningún tipo de miramientos específicos.

⁷ Para mayor información a propósito del concepto de “revolución cultural” puede remitirse al debate suscitado dos décadas más tarde de su aparición en el campo historiográfico: Fitzpatrick 1999, 2002-209; David-Fox 1999, 181-201; 1999, 210-211.

⁸ Esta ausencia de un programa cultural definido dentro del comunismo argentino a comienzos de la década de 1920 es analizada por Lucena 2007a, 44-51; 2007b, 63-82.

⁹ De hecho, una vez producido el desprendimiento de los socialistas revolucionarios, el PSA continuó mostrándose ampliamente receptivo de las producciones culturales más variadas, incorporando incluso aquellas que generaba una Unión Soviética con las que existían muchos puntos de conflicto. A propósito de la recepción de las obras literarias soviéticas por el socialismo argentino, resulta de suma pertinencia el estudio sobre la revista *Claridad* efectuado en Hary 2006, ver especialmente 24-32. No obstante, urge aclarar que la

Demasiado concentrado en los obstáculos, preocupaciones e inquietudes que se le presentaban al PCA en tanto que fuerza política nueva en estado de formación, la cuestión cultural no figuraba entre los temas más urgentes de su agenda. Se sostiene aquí que si el PCA no intenta formar un proyecto cultural en los tempranos años veinte, y si siquiera pretende otorgarle un espacio adecuado para un tratamiento pormenorizado, ello se debe a dos motivos centrales: en primer lugar, la escasa formación teórica tanto de cuadros como de militantes de base hacían muy dificultosa esa operación en caso de que hubiera mediado un interés dirigido en ese sentido; en segundo lugar, el PCA no tenía necesidad de fundar por entonces de invertir energías utilizadas en otros campos durante su fase formativa para crear una cultura proletaria. La percepción de que el capitalismo se hallaba a las puertas de su misma destrucción, tal como se verá más adelante, sobrevolaba una parte importante de las producciones intelectuales del período. En este sentido, siempre resulta más fácil -o cuando menos, de menor complejidad- continuar construyendo procesos amplios desde la interacción con aquellos elementos conocidos y reconocidos como propios a partir de la experiencia. Acerca de esta situación, Aníbal Ponce escribía en 1928:

La urgencia de la aplicación política ha alejado al marxismo durante mucho tiempo, del arte y de la estética. Sin duda que algunas observaciones de no escaso interés podrían recogerse en casi todas las obras de sus clásicos. Pero no es menos serio que si se comparan los problemas del arte con los de las otras disciplinas que el marxismo ha ayudado a comprender o a plantear por lo menos de un modo más exacto, resultaría para aquellos un saldo desfavorable en demasía (Ponce 1974, 96-97).

Bajo este punto de vista, sería poco conveniente advertir en esta apertura inicial del comunismo argentino sobre el campo cultural una correspondencia directa con las decisiones asumidas por el bolchevismo para su implementación en la Unión Soviética.

Las disputas que, finalmente, se irán suscitando al promediar los años veinte en torno de la cuestión referida a la utilidad del arte y el rol social del artista no fueron patrimonio exclusivo del comunismo. Tampoco se inician con los comunistas, más que de manera individualizada y dentro de movimientos culturales más amplios, las reflexiones sobre esta materia. Así, la heterogénea corriente literaria que se organizó alrededor de la publicación quincenal *Martín Fierro*, editada entre febrero de 1924 y noviembre de 1927, constituye una prueba flagrante de que la politización de las prácticas culturales fue una preocupación central que adquirió especial intensidad desde antes de que el PCA considerara a la cultura como una materia que merecía ser objeto de atención. La aparición de esta publicación vanguardista, nacida al calor de la insatisfacción por el predominio de la tendencia homogénea encarnada por la revista *Nosotros*, fue una consecuencia del proceso histórico de “crecimiento y complejización del campo intelectual” (Sarlo 1997,

redacción de *Claridad* insistía en definir a esta publicación como independiente de toda bandería política, si bien sus lazos orgánicos con el Partido Socialista eran evidentes (Juan B. Justo y Mario Bravo, entre otros importantes líderes del socialismo, habían tenido una participación activa en su misma fundación). A propósito de esto último, ver Ferreira de Cassone 2002, 49-66.

217). Mediante su subtítulo, *Martín Fierro* se presentaba como un periódico “de arte y crítica libre”. Cuando desde el Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes (entre los que se encontraban Francisco Luis Bernárdez, Nicolás Olivari, Ricardo Molinari, Pablo Rojas Paz, Sixto Pondal Ríos, Leopoldo Marechal, Ulyses Petit de Murat, Carlos Mastronardi, Leopoldo Hurtado y Jorge Luis Borges) intentaron publicar en el periódico un manifiesto en apoyo de la postulación de Yrigoyen para un nuevo mandato presidencial, su director, el alvearista Evar Méndez, se sintió en la obligación de renunciar a su cargo tras estimar que la libertad de creación que se destacaba como baluarte de *Martín Fierro* quedaba obstruida de forma irresoluble al verse enredada en cuestiones políticas de orden práctico: “el programa de *Martín Fierro* -reafirma el Director en su despedida- le exige permanecer desvinculado de todo interés y asunto de índole política y consagrarse por entero, únicamente, a los problemas literarios y artísticos” , (*Martín Fierro*, 2ª época, año IV, N° 44-45, 31 de agosto-15 de noviembre de 1927)¹⁰. Experiencias previas de tinte político, como lo fueron el recibimiento con honores al futurista italiano Filippo Marinetti, vinculado con el fascismo de Mussolini, o los constantes elogios a la obra de Leopoldo Lugones, no habían alcanzado a representar grandes desafíos al interior de la redacción. Podía argumentarse ante aquellos sucesos la centralidad dada a las cuestiones culturales implicadas. Pero la acción impulsada por los jóvenes intelectuales yrigoyenistas había invertido los términos: la cultura parecía ponerse al servicio de intereses políticos.

De esta manera, cuando el problema vinculado a la necesidad de otorgar una definición precisa al lugar asignados al arte y a la cultura para la construcción del socialismo se convierte en una preocupación de porte para el PCA, existe ya un debate relativamente maduro al respecto, debate que atraviesa una parte muy importante del mundo de las letras argentinas. La fuerza expansiva de aquellas discusiones no venía dada solamente por el peso de las figuras implicadas en ellas, sino también por la difusión alcanzada. *Martín Fierro* llegó a tener una tirada de veinte mil ejemplares, cifra nada despreciable para un periódico de literatura y crítica literaria. Integrada tanto por miembros del grupo conocido como “Florida” (por ser la intersección de esa calle con Tucumán, en la ciudad de Buenos Aires, su lugar de encuentro), también participaron de manera recurrente en sus páginas algunos integrantes del llamado “grupo de Boedo” (organizado alrededor de la editorial socialista Claridad, fundada por Antonio Zamora en febrero de 1922) (Sarlo 1969, 7-14).¹¹

Personajes emblemáticos de la cultura para el comunismo argentino como llegarían a serlo Raúl González Tuñón y Cayetano Córdoba Iturburu, entre otros, debieron intervenir en los debates generados entre las corrientes literarias heterogéneas que en 1924 dieron forma a los grupos de Florida y de Boedo. Aunque ambos movimientos bregaban por el ejercicio de una literatura ajena a los academicismos y pasible de provocar una renovación profunda de la cultura porteña, diferían en cuanto a las formas estéticas que defendía cada uno de ellos, tradicionalistas en un caso, modernistas en el otro (Candiano y Peralta 2005, 101-102; Candiano y Peralta 2007). Pero emergió también otro motivo de desencuentro, para nuestro interés más trascendente, relacionado con la problemática de la relación entre

¹⁰ Citado por Ferreira de Cassone 2008, 24.

¹¹ Sobre la importancia y repercusión del movimiento martinfierrista, ver también Sarlo 1997.

arte y política. Qué postura era conveniente que adoptara el artista en su actividad creativa respecto de la política era un problema que empezaba a exigir un pronto tratamiento. El grupo de Florida optó por adscribir al apoliticismo. El grupo de Boedo desconoció cualquier posibilidad de desligar la literatura de la política y se abocó a delinear las características de un “arte social”. Es de destacar que ninguno de los dos agrupamientos se caracterizaba por su composición sociopolítica. La inexistencia de identificaciones inmediatas entre grupos políticos y lineamientos estético-culturales era lo que llevaba a Alvaro Yunque -él mismo colaborador en diversos emprendimientos culturales impulsados por anarquistas primero, por socialistas después, y por último comunistas- a observar que en los boedistas se hallaba representado todo el arco político de izquierda y de centro-izquierda, lo que se traducía en la carencia de una única orientación política y estética. Este es el “motivo por el cual no debe llamar la atención la posterior aparición de algunos de sus miembros en el bando opuesto, es decir, el traspaso no estaría dado por la inexistencia de un antagonismo entre ambos sectores sino por la heterogeneidad reinante en los mismos” (Candiano y Peralta 2005, 7). Pero las reyertas entre Boedo y Florida, si bien concentraron gran parte del los debates culturales centrales suscitados en los años veinte, estuvieron lejos de consumir la totalidad de sus aristas. Desde el momento en que la cultura pasa a ser campo de competencia del PCUS, la dirección del PCA empieza a desarrollar una marcada injerencia en la conformación de una cultura proletaria.

Cuando la definición de la política de lucha de *clase contra clase* atravesó por completo a partir de 1928 la dimensión de la política cultural que debía implementarse en una sociedad que se hallaba imbuida en la construcción del socialismo y amenazada por agentes contrarrevolucionarios extranjeros que habían de operar en connivencia con saboteadores locales, entonces las corrientes culturales hasta ese momento admitidas en el seno del PCUS acabaron perdiendo todo *status* igualitario. La convivencia armónica se vio pronto reemplazada por el antagonismo irreconciliable. La política impuesta por la facción stalinista en su combate contra la “oposición de derecha” que tuvo lugar con anterioridad al proceso de las grandes purgas, resultó así, a partir de la explotación de las tensiones sociales existentes en tiempos de la NEP, potenciada por la política cultural:

Cultural revolution carried the message that conciliators of the peasantry, conciliators of the intelligentsia, bureaucrats (the press represented Narkompros as the archetypal “bureaucratic” commissariat), Nepmen, kulaks, café-haunting *literati*, wreckers, expropriated capitalists, and foreign spies were all on the same side in the political struggle and collectively represented the “rightist danger” to the Party. Stalin’s political opponents were not yet accused of direct communication with foreign espionage agents, as they were to be in the show trials of the late thirties. But for a potential Communist leader, the suggestion of association with the privileged and anti-Communist bourgeois intelligentsia was damaging enough (Fitzpatrick, 1978, 17).

Ahora bien, ¿cuál era la situación política en Argentina en el mismo año en que la Unión Soviética oficializaba la lucha encarnizada contra todo lo que no fuera íntegramente obrero? El fin del gobierno de Alvear y el comienzo para Yrigoyen de un segundo mandato,

logrado a través del desarrollo de elecciones libres y del normal funcionamiento de las instituciones y normativas constitucionales en el marco de ejercicio de una democracia limitada y delegativa en la que el PCA aceptaba participar, difícilmente pudieran ser motivo de analogías con el complicado y peculiar presente soviético. Sin embargo, ante situaciones nacionales distintas el comunismo internacional apoyó la identificación de soluciones ante problemáticas que respondían a diagnósticos dispares.

Aunque el PCA hacía hincapié en la necesidad de aportar a la construcción de una *cultura obrera* contrapuesta a la *cultura popular*, sus prácticas dentro de este terreno fueron bastante similares a aquellas que dedicaba el PSA a sus afiliados (Camarero 2012, s/p). Es por ello que las diferenciaciones entre agrupamientos políticos fueron promovidas a partir de la creación de una simbología propia a través de las formas estéticas plasmadas en las creaciones culturales comunistas.¹² De este modo, vuelve a cobrar fuerza aquella consideración acerca de la existencia de una tradición compartida con el socialismo, del cual los comunistas habían terminado por disociarse, pero que de ninguna manera significaba un renunciamiento inmediato a la totalidad de las ideas y acciones en las que habían tomado parte. Esta relación fue tornándose compleja a partir de la consumación en esos tiempos de una sujeción cada vez más evidente por parte de la dirección del PCA hacia el diseño incipiente y la puesta en práctica paulatina de una política cultural oficialmente asumida por la dirección del PCUS. Este proceso no pudo ser llevado a cabo sin contratiempos. Algunos intelectuales y escritores que se habían sentido atraídos por los éxitos relativos del mundo comunista en contraposición a las penurias vigentes en el sistema capitalista tuvieron algunos reparos al momento de abrazar la causa cultural que promovía el PCA. Es aquí donde se sucedieron una serie de intercambios originales, que fueron moldeando y explicitando los términos en los que era aceptada la participación de los intelectuales, al tiempo que se delineaban los principios en torno al lugar destinado a las prácticas culturales dentro de una relación de jerarquías con las prácticas políticas.

El papel del intelectual para el PCA durante la estrategia de *clase contra clase*: las polémicas Arlt-Ghioldi

El *affaire* Dreyfus desempeñó un papel sin precedentes en la historia de la intelectualidad occidental, el cual se presentó con un carácter bifuncional. Por una parte contribuyó a redefinir el rol del intelectual en la sociedad,¹³ el cual fue erigido como un sujeto de acción que adopta, por propia decisión, el compromiso de poner al servicio del bien público su espíritu crítico, empleando su entrenada disposición analítica para

¹² Uno de los primeros casos visibles de esta práctica es el de la revista *Documentos del Progreso*, editada entre 1919 y 1921, que establecía un puente con el proletariado “a partir de estéticas que le eran conocidas [a este último] por ser las de las publicaciones comunistas” (Martínez 1999, 30).

¹³ Hablamos de “redefinición” de la función social del intelectual ya que el “intelectual moderno”, en tanto que actor social autónomo dotado de una legitimidad y un campo de acción propios basados en su dominio especializado de las letras, es un producto emergente de la Ilustración del siglo XVIII. Ver Picó y Pecourt 2008, 40-42.

denunciar los efectos negativos que tienden a generarse mediante el libre desenvolvimiento de los procesos sociales.¹⁴ Por otra parte, el *affaire* Dreyfus puso de manifiesto la importancia fundamental que por entonces comienzan a adquirir las publicaciones periódicas, debido a su fuerte capacidad para permear e incidir en la opinión pública a los efectos de posibilitar la maximización de la tarea del intelectual.¹⁵ Emile Zola, quien se alzó como el más representativo exponente de la intelectualidad francesa de fines de siglo XIX, signó la naturaleza del intelectual inconformista no-radical. Zola deja ver que su denuncia del avasallamiento de los derechos y principios universales, los cuales se propone defender férreamente, no tiene implicancias revolucionarias, sino que éstas son de corte reformista. El intelectual francés no busca en ningún momento atacar ni al sistema político ni a las instituciones que lo sustentan, a punto tal que en su discurso el ejército no es una institución que deba ser cuestionada en sus principios fundacionales; lo que en realidad pretende conseguir es que se corrijan los defectos que ponen en jaque a dicho sistema mediante la depuración de sus elementos corruptos, pues son estos los que originan las desviaciones de su normal funcionamiento: no es que el ejército deba ser suprimido y ni siquiera refundado, sino que alcanza con que se separe de su cuerpo a los elementos disruptivos y se implementen los mecanismos para evitar que vuelvan a originarse nuevos desplantes indeseados. La compulsa es contra el comandante Esterhazy, no contra el ejército francés.

Al momento de estallar el conflicto bélico de 1914 la función del intelectual en la Europa occidental se encontraba ya definida, puesto que con el *affaire* Dreyfus se terminaron de delinear sus características generales que habrían de permanecer invariables en su status de canon durante la primera mitad del siglo XX. La toma de posición a favor o en contra del enfrentamiento armado efectuada por la intelectualidad de la parte europea implicada en la contienda se produjo dentro de los parámetros definidos a fines del siglo decimonónico, dado que cada intelectual se condujo de la misma manera en que lo habían hecho sus antecesores; es decir que los intelectuales actuaron mediante el análisis de los movimientos sociales y emitieron una serie de juicios valorativos al respecto, buscando después lograr un impacto en las masas populares que les permitiese conseguir las mayores adhesiones a sus posturas conclusivas. Se puede entonces afirmar que la modalidad asumida por los intelectuales en su intervención en la esfera pública presenta rasgos comunes tanto en una como en otra situación coyuntural. La diferencia estribaba en que el *affaire* Dreyfus implicaba un proceso de creación, por el cual se inaugura la figura del intelectual comprometido con una causa que se considera absoluta, en tanto que la Primera Guerra Mundial lo que hace es reproducir el objeto ya creado durante el *affaire*, cristalizado

¹⁴ Reflejando el tema referido al compromiso del intelectual, Emile Zola afirma que “habría hablado en un momento o en otro, porque el silencio me era imposible”. Zola 1983, 23. Asimismo, el grado de compromiso elevado asumido por Zola le valió que se iniciaran acciones judiciales en su contra. Dirigiéndose al jurado volvió a dejar en claro la función comprometida del intelectual: “Si estoy delante de vosotros, es porque yo lo he querido. Sólo yo he decidido que el oscuro, el monstruoso proceso fuera llevado ante vuestra jurisdicción, y sólo yo, por propia voluntad, os he elegido a vosotros, la expresión más alta, la más directa de la justicia francesa, para que Francia sepa y se pronuncie. Mi acto no tiene otro fin, y mi persona nada vale”. *Idem* 86.

¹⁵ Fernando Diego Rodríguez destaca como una de las principales cualidades que acompañaron la emergencia del grupo intelectual reunido en torno a la revista *Inicial* el afán de lograr una fluida circulación en el mercado editorial. F. D. Rodríguez 1995, 49.

en el intelectual, aunque readaptando la causa de su dedicación a un momento histórico original.

Una divergencia fundamental entre la intervención pública desempeñada por los intelectuales de las coyunturas analizadas, radica en el hecho de que los pertenecientes al momento en que se desarrolla el *affaire* Dreyfus dirigen sus productos discursivos a las masas populares, en tanto que aquellos que corresponden al período de la Primera Guerra Mundial destinan sus parlamentos a lograr impacto en la opinión del resto de los intelectuales. Probablemente ello se deba a que la posición del intelectual a mediados del decenio de 1910 se hallaba lo suficientemente consolidada como para que los intelectuales pudieran actuar con una cierta autonomía respecto del grueso de sus interlocutores. Con la acusación de Zola el 13 de enero de 1898 se da comienzo a una “línea genealógica” francesa (continuada cronológicamente por Benda, Sartre, Foucault y Bordieu) que contribuye a definir y delimitar la función del intelectual en todo el mundo (J, Picó y J, Pecourt, 39-40). El mensaje de los intelectuales podría absorber a la opinión pública cuando lograra la adhesión de sus colegas, y es quizás por ello que se decide interpelar a la intelectualidad, considerándola como una entidad que por su prestigio ocupa un lugar especial en la sociedad. Este esquema en donde un grupo de intelectuales -ya no un intelectual en forma aislada- hace explícito su posicionamiento político y asume su actividad como parte de un compromiso sociocultural que empieza dentro del círculo letrado pero cuya producción se extiende al conjunto de la sociedad, constituyó el marco de referencia dentro del cual los comunistas discurren acerca de las posibilidades revolucionarias del arte a partir de su integración en el partido.

Las discusiones en torno al rol del intelectual hicieron su aparición de manera más o menos esporádica en la Argentina a comienzos del decenio de 1930, hasta convertirse en un tema de indiscutible trascendencia en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial. Según Florencia Suárez Guerrini, este interés creciente por comenzar a lograr algún tipo de consenso que permitiera definir cuál era o cuál debía ser la función social de los intelectuales se debió, en gran parte, al arribo a la ciudad de Buenos Aires, así como a otras ciudades de América, de un importante número de exiliados italianos, españoles y alemanes que buscaban escapar a los regímenes totalitarios por los que estaban atravesando sus países de origen (Suárez Guerrini 2009, 2).

Así, el año de 1932 encuentra al periódico *Bandera Roja* convertido en el espacio en el que se desarrolla una intensa polémica entre el Roberto Arlt y Rodolfo Ghioldi, cuyos núcleos problemáticos principales giran en torno de la tarea del intelectual revolucionario y su relación con el partido. En las páginas de *Bandera Roja* publicaban los más granados teóricos del comunismo (entre ellos, el líder comunista)¹⁶ y algunos allegados destacados no-afiliados (como era el caso del autor de *El juguete rabioso*). Las discusiones allí vertidas gozaban de un elenco reducido, pero su difusión aspiraba a alcanzar al gran público. El periódico había sido fundado en el mes de junio bajo la intención del partido de contar con

¹⁶ Es necesario tener presente que fue Rodolfo Ghioldi quien operó durante todo este período como el fusible entre la dirección partidaria y los intelectuales de izquierda. En opinión de Néstor Kohan, el papel de Codovilla dentro del partido era más pragmático, quedando imposibilitado a causa de su magra formación teórica de entablar contactos regulares y de alguna consistencia en el ámbito cultural del comunismo. Kohan 1997, 74-75.

una publicación periódica legal y tenía una circulación superior a los 20.000 ejemplares.¹⁷ José Aricó y Sylvia Saítta coinciden en señalar que la diferencia determinante entre Arlt y Ghioldi en esta polémica consiste en su postura sobre el problema de la autonomía de los intelectuales y de la cultura de izquierda respecto del PCA. En este sentido, dice Aricó: "...[los comunistas del PCA] rechazan con soberbio desdén la pretensión arltiana de otorgar una funcionalidad autónoma a la cultura de izquierda y un papel relevante a los intelectuales" (Aricó 1986, 22). Asimismo, Sylvia Saítta señala:

Como ha planteado Aricó, la exigencia de claridad ideológica que Ghioldi demandaba a Arlt exhibió la debilidad intrínseca de una corriente política aislada de esa misma clase a la que pretendía representar, y el desdén con el que el obrerismo del partido miraba a los intelectuales. Arlt pretendía nada menos que otorgar funcionalidad autónoma a la cultura de izquierda y un papel relevante a los intelectuales que bajo el influjo de la experiencia rusa se desplazaban hacia el comunismo (Saítta 2001, 406).

Los principales ejes de la controversia giran en torno de la función del intelectual en tanto especialista crítico de la realidad social de su tiempo, indagando los servicios que podrían prestar a la causa de la emancipación de los trabajadores asalariados. Se tornaba imprescindible el análisis de las distintas variantes acerca del trabajo específico que intelectuales y artistas comprometidos con la transformación radical de la sociedad podían realizar de manera coordinada con el partido de la revolución, es decir, con el PCA. No obstante estas afirmaciones de Aricó y Saítta, es posible afirmar, como intentaremos demostrar a continuación, que el problema no reside en la pretensión de autonomía de la cultura de Arlt, sino en su intención de que el conjunto del partido y de los trabajadores se subordinen a los intelectuales.

Los planteos referidos al lugar de legitimidad desde el cual podían el artista y el escritor intervenir políticamente habían sido cuestionados a partir de las primeras experiencias de los círculos literario-filosóficos de la Argentina.¹⁸ Lo que importaba ahora,

¹⁷ Por su parte, *La Internacional* tenía en 1934 una tirada de 15.000 ejemplares, convirtiéndose en uno de los cinco periódicos más importantes del país; por su parte, la revista teórica *Soviet* tuvo un tiraje de 8.000 ejemplares. No quedan dudas, tal como lo demuestran estas cifras, de que la llegada del partido al público lector no era nada despreciable. Byuro Sekretariata Ispolkoma Komintern 1935, 403.

¹⁸ La redacción de la revista *Inicial* (integrada por Roberto A. Ortelli, Homero Guglielmini, Roberto Smith y Alfredo Brandán Caraffa) era especialmente corrosiva al considerar que se trataba de una operación de usurpación por parte de los artistas argentinos, amparados en el escaso desarrollo que estaba atravesando en los primeros años veinte la cultura nacional: "En nuestro país, por defecto de intensidad cultural, los artistas de talento pretenden ocupar el lugar que los pensadores y hombres de ciencia detentan en el mundo. Y esto no tendría gravedad si fueran tan honrados como para declarar que sus opiniones son nada más que divulgación de artículos y de libros autorizados". *Inicial*, "¿Reaccionarios? ¿Poco definidos?", año I, N° 2, Buenos Aires, noviembre de 1923. Reproducido por Rodríguez 2004, 104-105. Otro círculo intelectual pionero en la elaboración de revistas culturales, conformado por el grupo de estudiantes "Renovación" oriundo de la ciudad de La Plata, entendía que "El país, en materia de cultura, está muy lejos de alcanzar el ritmo de la cultura europea". *Valoraciones*, "Intenciones", tomo I, N° 1, septiembre de 1923: 3; aunque, por otro lado, algún tiempo más tarde dentro de este último agrupamiento se hacía un diagnóstico positivo de la situación, al destacar que la Argentina integraba el compendio de "naciones serias" de América que se hallaban en vías de

para los comunistas y sus “compañeros de ruta”, era lograr algún tipo de definición respecto de la función del intelectual y de su relación con el partido. Esta discusión había sido iniciada por Arlt. En su artículo “El bacilo de Calos Marx”, introdujo la definición de intelectual como “técnico en ideología”, y sostuvo que éste podía dotar al partido de una fuerza de penetración sin igual (*Bandera Roja*, I, N° 18, 18/4/1932). La participación del intelectual en el partido no era materia de discusión para Arlt. El punto de conflictividad estaba puesto en el papel que el intelectual estaba llamado a desempeñar al interior del partido. Bajo el amparo de Nikolai Bukharin, uno de los máximos ideólogos del PCUS y jefe principal de la IC desde 1926, Arlt se pregunta en un segundo artículo intitulado “Ghioldi y el bacilo de Marx” si la dirección del movimiento revolucionario es una tarea que corresponde al proletariado considerado en su totalidad, o si le cabe tan sólo a “una minoría inteligente contenido por este mismo proletariado” (*Bandera Roja*, I, N° 33, 4/5/1932: 2). Esta “minoría inteligente” bien podía acusar un origen pequeño-burgués, lo que no importaba demasiado, bajo su perspectiva, y de hecho no representaba ningún peligro, puesto que “un intelectual pequeño-burgués que defiende los intereses de la clase comunista deja de ser pequeño-burgués” (*Bandera Roja*, I, N° 33, 4/5/1932: 2). Los casos paradigmáticos de Marx y de Lenin representaban bien esta situación, en donde cada uno de ellos, despreciando las costumbres demarcatorias de su extracción social, se mostraron capaces de dirigir a las masas trabajadoras, estuvieron dispuestos a cumplir ese papel y lo hicieron de manera inmejorable. En otras palabras, la discusión central para Arlt pasaba por el rol del intelectual en el seno del partido, es decir, por la urgencia de asignarle una función particular en la coordinación de la lucha de los trabajadores a partir de sus características específicas. Arlt se había ocupado de dejar bien en claro que la función del intelectual no podía bajo ningún aspecto, desentenderse de la intencionalidad política en que se sustenta toda su producción. Es así como en su nota “Manuel Gálvez asustado”, discute con el artículo “Extremismo y Literatura” publicado por Gálvez en *Il Mattino D'Italia*, en donde se entroniza la literatura italiana por carecer de intencionalidad política. Gálvez representaba, según su ocasional detractor, el prototipo de intelectual burgués que atentaba contra el oficio de sus pares revolucionarios, razón por la cual debía ser combatido:

Gálvez voluntariamente, fisiológicamente constituye la rata que el autor de “Los Endemoniados” ridiculiza.

Medianía burguesa, con rentas, se inicia en la literatura con librejos liberaloides en una época en que ser liberal no es peligroso sino de buen gusto. Porque Gálvez tuvo su chifladura de anarquista en un tiempo. Cuando publicó *Nacha Regules* se creyó el sucesor de Dostojewsky. Y como es natural no escribía entonces que “debía prohibirse la entrada al país de libros peligrosos”, porque a él, personalmente, le encantaba haber escrito un libro que pareciera peligroso (*Actualidad*, I, N° 2, mayo de 1932: 10).

dar a su cultura una forma específica y una estabilidad acorde. *Valoraciones*, Pedro Henríquez Ureña, “Caminos de nuestra historia literaria”, tomo II, N° 6, junio de 1925 [redactado en mayo de 1925]: 253.

Aunque los denodados intentos de Arlt por destacar la importancia de los intelectuales para el triunfo de la revolución socialista lo llevaron a argumentar lógicamente a favor de la necesidad crucial de reservar para la cultura de izquierda un campo de acción propio, los políticos profesionales del PCA no estaban dispuestos a conceder razón a estas aspiraciones. A través de una nota firmada con el pseudónimo de Artero, un miembro aparente del PCA exponía su descontento frente a los supuestos enunciados por Arlt acerca de que el estudio constituía el mecanismo superior y exclusivo del intelectual respecto de otras instancias de formación política. Para Artero el propagandista revolucionario no podía desligarse de las necesidades cotidianas del proletariado, debía participar en las diversas formas organizativas de la clase obrera, compartir la calle en las luchas contra la burguesía, pero sin por ello descuidar el estudio (*Bandera Roja*, I, N° 21, 21/4/1932: 2). Es decir, el estudio no se volvía una acción negativa, contraria a los principios revolucionarios, sino que podía colaborar en la preparación del proletariado para la defensa y promoción de sus intereses. El punto de divergencia determinante con la posición arlteana estaba en la centralidad y exclusividad que el escritor destinaba a la práctica del estudio como instancia de formación. Artero, al tiempo en que inscribe el estudio en una serie más amplia de momentos formativos del propagandista, no reconoce al intelectual en tanto trabajador, dado que lo presenta *por fuera* de la clase y con el deber de transitar, en un dejo obrerista, el derrotero del proletariado.¹⁹ Se advierte, en este sentido, el modo en que el proceso de proletarización del partido iniciado por los comunistas en 1925 sentenció el rumbo que debían continuar sus lineamientos programáticos.²⁰ En sus diferencias, no obstante, tanto Arlt como Artero, comparten que el papel del intelectual consiste en la propaganda de los intereses y las luchas del proletariado desde su participación en el partido.

La respuesta de Artero a Arlt es continuada por Rodolfo Ghioldi, quien para esta época -y debido al viaje al emprendido por Codovilla en 1931 que habrá de mantenerlo ocupado en el extranjero durante los próximos diez años- es el máximo dirigente del PCA. En un extenso artículo, publicado en dos partes,²¹ Ghioldi caracteriza el artículo de Arlt como una expresión de “las inquietudes de una capa social densa e importante, que busca un puesto en la lucha de clases”: “la pequeña burguesía en general” y “la intelectualidad en particular”²². Esta “capa social”, advierte, puede estar “ligada orgánicamente a los imperialistas” o bien “optar por la vecindad y compañía del proletariado”. No obstante, sostiene que existe un temor latente entre la pequeña burguesía ante la dirección del proletariado y que, en consecuencia, su objetivo es establecer una alianza con la clase obrera bajo una dirección propia, pequeño-burguesa. Las derivas de los líderes universitarios de 1918 que terminaron trabajando para los “enemigos” (como el caso de

¹⁹ La desconfianza de Artero en los intelectuales era puesta en evidencia con ironía por alguien que firmaba como “Uno de tantos” al sostener: “Estudiemus, pues. No tenga miedo el compañero Artero que después que estemos doctorados en comunismo nos guardemos herméticamente nuestro conocimiento! El saber de uno se irradia constantemente entre el ambiente en que actúa, aún sin querer, en la conversación corriente”. *Bandera Roja*, “Refutando a Artero”, N° 23, 23/4/1932: 2.

²⁰ Es este acontecimiento histórico en la vida del PCA lo que lleva a Hernán Camarero a discrepar con Aricó en la delimitación del momento a partir del cual se habría profundizado de manera notable la inserción comunista en el movimiento obrero. Camarero 2001, 150-151; Aricó 1987, 16.

²¹ *Bandera Roja*, “Sobre el ‘Bacilo de Marx’”, año I, N° 24, 24/4/1932, p. 2; N° 25, 25/4/1932, p. 2.

²² *Bandera Roja*, I, N° 24, 24/4/1932, p. 2.

Sánchez Viamonte, integrando el gobierno de Uriburu), demuestran para Ghioldi que “la pequeño-burguesía no puede dirigir al proletariado, ni marchar independientemente”, sino que “debe trabajar con el proletariado bajo su dirección”. En este sentido, señala como problema en Arlt su “teoría de las minorías selectas”. A partir de su argumentación, Ghioldi prescribe dos deberes para los núcleos intelectuales: renunciar a la teoría de la minoría selecta; emprender el estudio del marxismo-leninismo sin intentar ser la dirección.²³

La respuesta de Arlt llegó a través del artículo “Ghioldi y el bacilo de Marx”, al que se hizo referencia más arriba.²⁴ Allí afirma Arlt que no admite discusión la apreciación de que “el intelectual pequeño-burgués no debe pretender orientar al proletariado sino orientarse con él”. No obstante, minimiza el carácter taxativo de esta afirmación al introducir la condición de que esto será así “siempre y cuando el proletariado sea marxista”. La salvedad que hacía aquí Arlt residía en su preocupación ante una realidad en la que el escaso conocimiento generalizado entre los obreros a propósito de las grandes ideas de la doctrina marxista –dirá que “de cien proletarios... 90 ignoran quién es Marx”–, el escritor se plantea cuál debería ser, ante tal estado de la situación, el camino a seguir por el intelectual comprometido: ¿debe ser “el de guía o el de...”?. Esta pregunta retórica sin segundo término de opción y el encadenamiento lógico en el que se inscribe, implica que Arlt no duda sobre cuál debe ser el papel del intelectual en ese contexto histórico, como afirma Saítta, sino que ya tiene una definición: los intelectuales deben ser la dirección. Sin embargo, Arlt incurría en una contradicción flagrante cuando, al mismo tiempo que estimaba la falta casi total de prédica marxista entre los obreros argentinos -requisito insoslayable en su plan para la intervención intelectual-, insistía en advertir una amplia difusión para la literatura marxista entre las clases oprimidas del país:

El otro día escribí en “Bandera Roja”, que los librereros manifestaban que los libros de más venta en la actualidad, eran aquellos relacionados con el estado de Rusia, y las novelas de carácter revolucionario, sobre todo las de post-guerra.

Se explica.

La gente se hartó de mentiras. Los escritores de clase burguesa, que se adobaron un estilo particular, una moral para satisfacción de críticos de periódicos “con ética”, viven retrasados en cincuenta años, en lo que se refiere a las necesidades del público, y entonces, decididamente desalentado, este público se ha volcado al libro extranjero. Y como los escritores de más circulación son marxistas en su credo político, puede

²³ No era mucha la originalidad que el dirigente comunista argentino podía reclamar para sus observaciones. En los mismos términos se había referido tres años antes Solomon Aleksandrovich Lozovsky, secretario general del Profintern, a una relación necesaria pero complicada en su complejidad que mediaba entre la clase obrera y los intelectuales: “Los intelectuales que van a la clase obrera para educarla, para ayudarla, para encontrar nuevos elementos y ponerlos a la cabeza del movimiento sindical, están con nosotros totalmente y marchamos juntos. Pero cada vez que hay un movimiento cualquiera, cada vez que vemos un movimiento intelectual pequeño-burgués que quiere colocarse al lado del movimiento obrero, que quiere tener la dirección espiritual, es preciso oponerse inmediatamente”. Losovsky 1929, 25.

²⁴ Este artículo aparece encabezado por una advertencia firmada por la redacción de *Bandera Roja* en donde se manifiesta no estar de acuerdo con el contenido del artículo y se sentencia que la polémica debe quedar terminada con una futura respuesta de Ghioldi.

comprenderse qué género de novelas escribirán. Aparte que son grandes escritores.

[...]

Si aquí se prohibiera la entrada de libros revolucionarios, sépalo una vez por todas, estoy seguro que hasta en las alforjas de los analfabetos encontraríamos volúmenes de ediciones clandestinas marxistas. Convéznase, la ola de fuego avanza, y únicamente los ciegos no lo ven (*Actualidad*, I, N° 2, mayo de 1932: 11).

En esto último, llevaba consigo bastante razón. La política editorial del comunismo puso en el orden del día la necesidad de acercar a sus lectores una amplia colección de textos de teoría marxista. En 1932 las revistas culturales comunistas publicaban sus *Cursos de iniciación marxista*, destinados a quienes quisieran estudiar con método y en forma sistemática los grandes nudos del pensamiento revolucionario. También impulsó tiradas populares de folletos a cargo de las principales personalidades del comunismo mundial: Marx, Engels, Lenin, Stalin, Molotov, Radeck. Pero también asignaba un espacio importante a la difusión de obras literarias: Gorki, Castelnuovo, Arlt, Abramson. Por primera vez se editaba en lengua castellana la *Crítica al programa de Gotha*. Así, una interesante campaña de difusión de las ideas marxistas pretendía hacer mella en la magra formación cultural de los trabajadores. En 1930, el dirigente cominternista Stepanov Stepanov había dicho que el nivel político y teórico del PCA está muy escasamente desarrollado. Causante de esto era el hecho de que la literatura marxista editada en español era muy poca (*Archivo IC*, Versión taquigráfica de la intervención del delegado del Partido Comunista de la Argentina, Gálvez, en la Conferencia de los Partidos Comunistas de América Latina en Moscú, 2 de octubre de 1930, r. 3, s. 17: 30). La necesidad imperiosa de formar cuadros dotados de un conocimiento idóneo del acervo teórico marxista, así como la importancia dada a la elevación del nivel político e ideológico de los afiliados, hacían de la actividad editorial una cuestión de gran importancia para la vida y el desarrollo del partido.

No fue Ghioldi en solitario sino la redacción de *Bandera Roja* en su conjunto quien tomó la decisión de responder a Arlt. Por medio de la publicación del artículo “La cuestión Arlt” (*Bandera Roja*, N° 39, 10/5/1932: 2), y tal como había anticipado, se da conclusión a la polémica. La redacción acuerda con las críticas que Artero y Ghioldi habían formulado a las argumentaciones de Arlt, en tanto encuentra en ellas la “persistencia de la ideología individualista pequeño-burguesa, que enfoca el problema social desde un punto de vista puramente individual y psicológico”. Estos mismos argumentos serán esgrimidos por la redacción para criticar a *Actualidad* en el artículo “¿‘Marxismo’ anticomunista?” (*Bandera Roja*, I, N° 10, 10/4/1932: 1), en función de que la revista caracterizó al proletariado argentino como “desquiciado, desorganizado y desmoralizado por divisiones de secta, de capillas, de predominio personal, por intransigencias y otras lacras”. Concluye al respecto la redacción: “...debe seguirse con atención crítica cada tentativa de divulgar marxismo, porque no es la primera vez que, so capa de ello, se pasó de contrabando mercancía anticomunista”. Esta breve reyerta permite advertir los distintos grados de adhesión de las publicaciones a la dirección del PCA y cómo, en consecuencia, *Bandera Roja* intenta presentarse como el lugarteniente de la verdadera doctrina marxista y comunista, al configurarse como defensora de los intereses del proletariado y al acusar a todo otro

intelectual o publicación que sostenga distintas perspectivas o caracterizaciones (como los casos de Arlt y *Actualidad*, dirigida por Castelnuovo), de vicios pequeño-burgueses.

Asimismo, en la réplica que la redacción formula hacia Arlt, es posible percibir que se hace explícita la propuesta subyacente al artículo de Ghioldi respecto del carácter de la conducción del proletariado, a partir de una cita de las tesis del VI Congreso de la IC en el mes de julio de 1928, a las cuales el PCA había adherido en su VIII Congreso Ordinario de noviembre, en el cual se había sentenciado la liquidación de la crisis interna del partido a partir de la separación de José Penelón y sus seguidores: “[La] dirección proletaria de las masas explotadas, por intermedio de su parte más consciente, congregada en el PARTIDO COMUNISTA, se obtendrá a través de una lucha sin cuartel, despiadada, contra todas las ideologías adversas” (*Bandera Roja*, I, N° 39, 10/5/1932: 2). Se evidencia ahora en toda su dimensión el motivo de discrepancia irreconciliable entre Roberto Arlt y sus polemistas vinculados -por pertenencia o por colaboración- al PCA: cuál es el actor social que debe erigirse en la dirección del proletariado.

La trascendencia de la formación teórica de la dirección partidaria era un punto que había sido tratado ampliamente en la IC y en el cual había acordado el PCA. El Secretariado Político de la IC aprobó la apertura de cursos breves en la Escuela Leninista de Moscú, la cual había probado su importancia para la preparación de cuadros encargados de conducir la bolchevización de los partidos comunistas. La implementación de los cursos cortos, consistentes en 9 meses de estudios, se explicaba en la necesidad imperiosa que tenían los partidos de contar con cuadros dirigentes en un lapso mucho menor a los dos años implicados en los cursos regulares. Además, se evitaba así privar demasiado tiempo a los partidos intervinientes de algunos de sus organizadores más destacados, ya que en todos los casos los estudiantes enviados a la Escuela Leninista debían tratarse de comunistas con experiencia probada en las direcciones política y sindical. En este punto, la delegación latinoamericana aclaraba que debían tener prioridad aquellos activistas que hubieran demostrado ser “capaces de un intenso trabajo mental” (*Archivo IC*, r. 7, s. 16, Acta del 17 de mayo de 1927: 2). Los estudiantes debían estar en condiciones, a la finalización de los estudios, de prestar servicios a sus respectivos partidos respondiendo a las decisiones que fueran tomando sus direcciones. Al PCA le correspondía el envío de un estudiante (los otros países latinoamericanos que disponían del envío aprobado de estudiantes -uno por cada país- eran Brasil, Chile, Uruguay y México).

En la revista que quincenalmente editaba el Secretariado Sudamericano de la Internacional Comunista se había plasmado el centro nervioso de esta concepción de partido revolucionario y su relación con las masas trabajadoras que era adoptada por la dirección del PCA, al afirmar que “La base del partido comunista es la clase obrera. El partido comunista no es más que la fracción más consciente, la más activa y más revolucionaria de la clase obrera” (“Estructura de la organización del partido y modificaciones a las directivas sobre la estructura del partido”, *La Correspondencia Sudamericana*, I, N° 9-10, 15-30/8/1926: 40-41). No obstante, si bien Ghioldi y el resto de los polemistas comunistas rebaten la posición elitista de Arlt que insiste en adjudicar a los intelectuales el rol de “minoría selecta” que debe dirigir al proletariado, en la tesis contra-argumentativa a la que recurre la redacción de *Bandera Roja* subyace la misma lógica que antes habían criticado en su interpelado, pero introduciendo una modificación sustancial.

La dirección proletaria no deja, en la exposición de los miembros del PCA, de estar conformada por “su parte más consciente”, es decir, por una minoría que se distingue a partir de su mayor grado de conciencia. Entre esta perspectiva y la que defendía Arlt no había contrastes visibles. Sin embargo, la discusión trasciende, en última instancia, a propósito de quiénes son los que integran aquella minoría consciente. En la opinión de *Bandera Roja* esa minoría ya está “congregada en el PARTIDO COMUNISTA”. Pero Arlt no estaba afiliado, y en sus planes esa caracterización debía ser ocupada por los intelectuales en la vanguardia del movimiento revolucionario de masas.²⁵ De aquí se desprende una consecuencia de suma importancia para comprender la evaluación de los condicionamientos organizativo-revolucionarios que acompañó y justificó el trazado de las diferentes tácticas que adoptó la dirección comunista ante la emergencia de coyunturas cambiantes.

Si consideramos que Ghioldi había tenido una entrevista con Elías Castelnuovo y Arlt a partir de la cual comienzan a escribir en el naciente diario *Bandera Roja*, no es descabellado imaginar la posibilidad de que tanto Ghioldi como Castelnuovo y Arlt estén considerando la incorporación de estos últimos al PCA. Y, en este sentido, lo que están discutiendo Arlt y Ghioldi, a partir de una base de presupuestos comunes, no es la autonomía de la cultura respecto del partido, sino las condiciones en que intelectuales que ya disponen de un capital simbólico conformado por fuera del partido ingresan a la estructura partidaria. Es decir, la disputa gira en torno de la distribución de los espacios dirigenciales al interior del mismo: ¿los intelectuales que se incorporan al PCA deben subordinarse a direcciones ya establecidas, tal como sostiene la redacción de *Bandera Roja*, o por su condición de “estudiosos” y su erudición marxiana son una “minoría selecta” que deben ser la guía del proletariado y, en consecuencia, dirección del partido?

Entender la polémica en este marco, permite ser fiel a los términos de la discusión, sin exagerar la “pretensión arlteana de otorgar una funcionalidad autónoma a la cultura” ni minimizar el “papel relevante” para los intelectuales que imagina Arlt, que no es otro que ser la dirección política del proletariado en busca de su revolución.

²⁵ La participación por parte de un grupo nutrido de intelectuales y artistas en la defensa de algunas de las banderas que levantaba el comunismo no fue una característica distintiva de la Argentina. En Francia, por citar un ejemplo, los casos en que emergieron “compañeros de ruta” fueron bastante resonantes. Cf. Dosse 2006, 73. Por otra parte, la independencia de Roberto Arlt, cercano a las posiciones antifascistas defendidas por los comunistas pero no afiliado al partido, le permitió intervenir activamente en otras publicaciones culturales. Así, no mediaron inconsistencias lógicas ni abandonos tácticos cuando años más tarde participó en las páginas de la revista *Argentina Libre*, cuyas posturas a favor de la democracia partían de puntos de vista distintos a los del escritor. Bisso 2007, 94. El texto en cuestión, firmado por el autor de Arlt, es “Fosco, o la economía política al revés”, incluido en la estupenda obra compilatoria de Bisso, 623-627, publicado originalmente en *Argentina Libre*, año I, N° 36, 7/11/1940: 13.

El rol del intelectual revolucionario en tiempos de dependencia: las polémicas Barletta-Moog y González Tuñón-Moog

El rol del intelectual fue, asimismo, protagonista en otra polémica de porte: aquella que encontró a Carlos Moog, intelectual orgánico del PCA,²⁶ discutiendo con el por entonces director del Teatro del Pueblo, Leónidas Barletta. El disparador de la compulsa teórica fueron las expresiones volcadas por este último en su revista *Metrópolis*, donde había clamado por un arte profiláctico, desentendido del desarrollo de la lucha de clases, en el cual la práctica intelectual y artística no tenía por qué hallarse atravesada por las concepciones ideológicas del intelectual y del artista. Barletta concebía un arte que se consumía en el goce estético, y ello resultaba merecedor de toda suerte de agravios en la perspectiva opuesta de Moog, favorable a la idea de un arte indisociable del devenir social y de la consiguiente postura ideológica del artista. Lo interesante aquí es la posibilidad de advertir en la postura defendida por el intelectual comunista la adopción de un paradigma de lucha de clases en dos planos, uno material o físico y otro ideológico o intelectual, en donde tiene lugar para el campo del activismo cultural la reproducción de la misma estrategia que se adopta para llevar adelante la confrontación en la lucha política y económica:

Hoy por hoy el pensador y el artista se hallan ante un dilema fatal, del que no pueden escapar, pues ante ellos solo existen dos caminos para seguir: o están con el proletariado o están con la burguesía. O son revolucionarios desembozadamente, y todas sus ideas, todos sus actos, toda su propaganda pertenecen por entero al bloque proletario que enfrenta al bloque burgués, o bien integran, consciente o inconscientemente, este último, participando así del papel conservador y obstructivo de servir y defender todo lo viejo y consagrado que tiene el mismo. El término medio no existe hoy, prácticamente. [...] Así, del mismo modo que en política todo lo que se declara “apolítico” es indudablemente conservador, el pensador y el artista independientes, (aunque ellos no lo sepan), hacen el juego a la burguesía con su “neutralidad”, la que desaparece por tal motivo, y entonces, tácitamente pasan a formar parte de uno de los dos bloques que luchan en estos momentos: el de los reaccionarios y contra-revolucionarios [...] (*Actualidad*, I, N° 3, junio de 1932: 40-41).

A través de sus afirmaciones, Carlos Moog demostraba de manera cristalina cómo podía -y debía- realizarse la traducción de la consigna del *tercer período* en la esfera del arte y la cultura. Moog adscribía a una concepción del arte como reflejo exclusivo de la ideología, y de la ideología como reflejo de la base económica (*Actualidad*, I, N° 4, julio de

²⁶ Utilizamos este concepto en el sentido dado por Gramsci, referido a aquellos trabajadores cuyo trabajo se compone mayormente del ejercicio de sus facultades intelectuales y que se hayan estrechamente vinculados a alguna de las clases fundamentales que componen una sociedad a través de su contribución a la consecución de sus principales aspiraciones ideológicas. Gramsci 1997, 9-27.

1932: 29-32). Así, la actividad cultural del comunismo quedaba supeditada a las disposiciones emanadas desde la *praxis* política.²⁷ La misma acción cultural, por la fuerza de las circunstancias, nunca podía tomar distancia respecto de las construcciones teórico-políticas existentes; antes bien, aquella era asumida como un dispositivo al servicio de estas últimas. De lo que se trataba era de hacer explícita esta relación y de tomar conciencia de su trascendencia. Esta misma necesidad de compromiso conciente fue la que sirvió de centro a la argumentación de Moog en su compulsa con el eclecticismo de *Contra*. La acción proletaria encontraba en esta exposición una única vía para desenvolverse: el correlato mecánico entre la posición política oficial adoptada nacionalmente, la que a su vez se hallaba subordinada a la política oficial soviética cuya aplicación era decretada internacionalmente. El marxismo incipiente -e incluso “ingenuo”, tan colmado de buenas intenciones como se hallaba- de Raúl González Tuñón podía ser superado tan sólo mediante el reconocimiento de la trascendencia de las consignas del VI Congreso de la IC para todos los campos de la actividad social:

Y no existiendo, en los instantes actuales, más que un solo camino de lucha desde el cual se combate a la burguesía, sin tregua, en forma implacable, verdaderamente “clase contra clase”, sin concesiones ni claudicaciones, es en este terreno, el del marxismo-leninismo, en donde debe referirse y actuar el escritor verdaderamente revolucionario, que no lo sea de café y de palabras (*Contra. La revista de los franco-tiradores*, I, N° 3, julio de 1933: 12).

En definitiva, los intelectuales orgánicos del PCA hacían bandera de la rígida lectura que de la realidad sociopolítica elevaba el comunismo soviético, asumiendo como un dogma la división planetaria entre comunismo y fascismo. Es bajo este mismo espíritu que los comunistas y sus seguidores deciden fundar el Teatro Proletario, cuyo objetivo era el de contrarrestar los efectos de aquel teatro burgués que era la cristalización de la fórmula del “arte puro” o “arte por el arte mismo”. Del mismo modo, el artista plástico Facio Hebequer, quien expuso sus obras en sindicatos y en la Unión Soviética, es presentado por el partido como el paradigma del artista genuinamente proletario,²⁸ en contraposición a “la concepción burguesa de un Barletta o conciliadora -“centrista”- de un Córdoba Iturburu (*Actualidad*, I, N° 6, agosto de 1932: 23). Esta intención de generar manifestaciones culturales que sostuvieran la línea del nuevo arte revolucionario de la URSS, también se evidencia en las iniciativas de *Bandera Roja*, el cual, para financiarse, realiza festivales en donde proyectan películas del cine soviético, de las que destaca la redacción, por ejemplo,

²⁷ En este sentido, Antonio Fernández García observaba con atino que “La cultura a la soviética se convirtió en un instrumento más de la propaganda”, pero enseguida agrega que así lo hacía “aunque se aureolara su misión con el timbre de defensa del socialismo”, ante lo que cabe preguntarse en qué sistema y bajo qué régimen un instrumento de la propaganda oficial no se encolumna detrás de las promesas que dice encarnar. Fernández García 1999, 128.

²⁸ Anticipándose a esta canonización, Castelnuovo había trazado un lazo parental entre el pintor argentino y el realista ruso Máximo Gorki. Cf. E. Castelnuovo, “Un pintor gorkiano: Guillermo Facio Hebequer”, en *INICIAL*, I, N° 6, septiembre de 1924: 45-56.

su “categoría artística e intención social”, en el caso de *Cama y sofá*, de Abram Room,²⁹ o el hecho de que traten un “tema interesante y sugerente” como “el amor libre”, en el caso de *La tempestad amarilla*, de Vsevolod Pudovkin (*Bandera Roja*, I, N° 1, 1/4/1932: 4). Según informa el diario en números siguientes, estos festivales desbordaban de público, a punto tal que más de mil personas se quedaban en la puerta del teatro al no haber podido conseguir localidad (*Bandera Roja*, I, N° 3, 3/4/1932: 4). Estos eventos culturales de apoyo al diario, no sólo se realizaban tan sólo en la Capital Federal, sino que muy pronto llegaron a organizarse eventos en apoyo de *Bandera Roja*, por ejemplo, en la ciudad de Mar del Plata y en el partido bonaerense de San Martín (*Bandera Roja*, I, N° 8, 8/4/1932: 2). La proyección de películas soviéticas como actividad básica del PCA para, en primer lugar, la discusión y la propaganda entre los espectadores, pero también como espacio propicio para la difusión y distribución de los periódicos oficiales del partido, era una práctica habitual que había sido ejercida con anterioridad. El cine soviético, de tal modo, había animado por caso la celebración de un 1° de mayo de finales de la década de 1920 incluso en la pequeña ciudad santafesina de Rufino, ocasión que había sido aprovechada también para vender y promocionar *La Internacional* (de Salvo 1984, 17).

Esta afición de Moog por los lineamientos del PCUS también se percibe en la polémica que establece con Raúl González Tuñón, en la revista *Contra*, cuyos cinco números se publicaron entre abril y septiembre de 1933. Urge señalar aquí que esta publicación, si bien nació animada en la intención de que pudieran converger en ella las distintas voces de la izquierda argentina, lo cierto es que, a pesar de su breve existencia, el comunismo logró rápidamente imponer su hegemonía (Saíta 2005, 13-33).

La polémica, al igual que aquella que analizamos con anterioridad, se desarrolla en torno del problema de la función del intelectual. González Tuñón, director de *Contra*, publicó en el primer número de la revista el artículo “Algunas opiniones que explican algunas actitudes”, en donde intenta dar fundamento a su labor intelectual. En este sentido, desarrolla dos posibles “posiciones ideales” para el “escritor valiente”:

1°: Si cree [el escritor valiente] que vivimos en un país semicolonial, esperar a que la revolución se extienda a Inglaterra, Francia, Alemania. [...] Mientras, debe hacer propaganda desde el libro, el diario, la revista, la calle, para tratar de crear conciencia revolucionaria.

2°: Si cree que la revolución es posible en Sud América, afiliarse al Partido Comunista y luchar por la revolución (*Contra*, I, N° 1, abril de 1933: 6).

²⁹ Resulta interesante, destacar el hecho de que en abril de 1927 esta misma realización fílmica había sido cuestionada con ahínco por los censores del PCUS tras considerar que, en su representación de las costumbres contemporáneas presentes en el modo de vida propio de la clase obrera moscovita, se había plasmado una perspectiva burguesa. Kenez 1988, 417-418. No obstante, la película de Room adquiriría un status de mito para la historia del cine soviético ya en los años inmediatos posteriores a las objeciones recibidas. Esto da cuenta del estado volátil y cambiante de una cultura en proceso de cimentación, que, al igual que en el resto de las esferas de la vida soviética, debía realizarse sin la posibilidad de tomar parámetros preexistentes. Era factible, por tanto, que se sucediera por momentos toda una suerte de giros inesperados.

González Tuñón explicita su postura y concluye: “Yo estoy ahí, en donde esos caminos se abren. Confieso con honradez que me inclino a elegir el primero”. Moog responde el breve texto de González Tuñón con el extenso artículo “Contra *Contra*”, publicado en dos partes, en los números 3 y 5 de la revista. Allí desacredita el artículo de González Tuñón dado que, si bien lo califica como “sincero y entusiasta”, encuentra en él “unas serie de afirmaciones completamente arbitrarias y confusionistas”. Moog critica que no se trata de “creer” si la Argentina es o no es un país semicolonial, ni de adoptar una “posición ideal” como escritor, como sostiene Tuñón, sino que “el escritor que [...] desee luchar contra la burguesía, bajo la dirección del proletariado, debe adoptar una posición

CLARAMENTE DEFINIDA, INSOSPECHABLE” y que “no existiendo [...] más que un solo camino de lucha [...], [el camino de la] *clase contra clase*, es en este terreno [...] en donde debe definirse y actuar el escritor verdaderamente revolucionario”. Asimismo, sostiene Moog que el intelectual “está en la ineludible obligación de estudiar, y muy bien, muy a fondo, la realidad social [...] utilizando para ello el método científico del materialismo dialéctico”, en tanto “un riguroso análisis marxista [...] del país en que reside es quien ha de demostrarle, científica y exactamente, si se encuentra o no en un país colonial [...]. De este estudio surgirá, irrefutablemente, la acción revolucionaria”. Una vez más, es posible advertir que desde el PCA se reconoce el valor del estudio, desde un abordaje científicista, para las prácticas militantes revolucionarias en tanto permite, desde su perspectiva, abandonar las *creencias* y aprehender la *verdad* de un momento histórico.

La posición del representante oficial del PCA en el campo de la cultura parecía no admitir siquiera la posibilidad de disponer de grados de independencia respecto de las disposiciones centrales del comunismo mundial. Aún cuando los delegados comunistas por América Latina ante el VI Congreso de la IC habían criticado duramente algunos de los aspectos centrales del discurso de Bukharin. De tal suerte, aquéllos habían señalado la falacia que constituía la percepción que Moscú pretendía arraigar en el movimiento comunista internacional cuando había sostenido que en 1928 se habían producido los primeros síntomas de organización comunista en Latinoamérica; en realidad era “la Internacional Comunista la que por primera vez se ha interesado en el movimiento comunista de América Latina” (AAVV 1979, 82). Pero también, lo que es más importante todavía, se objetaba la escasa atención sobre las condiciones estructurales de los países coloniales, semicoloniales y dependientes; la especificidad de cada tipología -a diferencia de lo que afirmaba Moog- era de vital importancia a la hora de trazar un programa de acción coherente. Lo interesante aquí es que Carlos Moog optaba por aceptar sin reparos la postura moscovita: América Latina tenía un largo camino por delante antes de poder considerar la posibilidad de ver realizada en su terreno la revolución socialista.³⁰ Mientras tanto debía posponer cualquier intento de revolución local o regional, para pasar a volcar todas sus energías en la consolidación del estado soviético. Pero también es importante advertir la correspondencia entre los planteos de Moog y la postura oficial del PCA. En su periódico *Frente Unico*, sucesor de *Bandera Roja* y de *Mundo Obrero*, el partido publica,

³⁰ En este punto creemos que se equivoca Saítta cuando sostiene que Moog consideraba viable conducir el proceso revolucionario en los países periféricos incluso antes de que sucediera en los países centrales. Saítta 2001, 403.

en un artículo titulado “La crisis sobre el proletariado de las colonias y semi-colonias”, cifras relativas a los balances registrados en el comercio de exportación en cada país de América Latina. Se anticipa allí que en los números siguientes se analizará más en profundidad la cuestión de la influencia del imperialismo en el mercado argentino. Lamentablemente, esos análisis no vieron la luz a causa del temprano cierre del periódico provocado por la persecución policial. Pero lo que importa destacar aquí es que, tal como señalaba Moog, la interpretación oficial del PCA sobre las condiciones estructurales de la Argentina se reducía a la rotulación adjudicada por Bukharin para el conjunto de la región en su presentación ante el VI Congreso de la IC. Sin que se recurriera a un análisis pormenorizado de las condiciones heterogéneas presentes en los países latinoamericanos, sobre los cuales quedaba establecido que se trataba de semicolonias (*Frente Unico*, I, N° 3, 20/10/1932: 2; Cattaruzza 2007, 173-174; 2008, 177).

En realidad, la idea de que el imperialismo (norteamericano), en su afán creciente por disputar los mercados latinoamericanos a otros imperialismos (alemán y, sobre todo, británico), estaba convirtiendo a los países sudamericanos en colonias de una manera mucho más firme de lo que había tenido lugar antes de la guerra de 1914, llevaba un tiempo madurando en el campo teórico comunista (*La Correspondencia Sudamericana*, “Semana de Agitación contra la Guerra y el Reformismo y por la Unidad Proletaria”, I, N° 8, 31/7/1926: 12). Las reflexiones de Lenin sobre el imperialismo vertidas en su célebre texto *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, aunque muy breves para el caso de Sudamérica, eran reflatadas por parte de los comunistas locales. Siguiendo un estudio previo de Schulze-Gaevernitz en el que se sostenía que la Argentina era una colonia comercial británica, Lenin había advertido la existencia de una relación muy estrecha entre el capital financiero y la diplomacia de Inglaterra con la burguesía argentina (Lenin 1970, 384). El control de la vida política y económica argentina quedaba en manos de este reducido grupo.

En su intervención del 26 de noviembre de 1927 en la VII sesión plenaria de la IC, Codovilla se refirió al impacto que tendía sobre Latinoamérica la estabilización mundial del capitalismo. Codovilla acordaba con Bukharin en la imposibilidad de eludir el hecho incontrastable de que esta estabilización relativa denunciaba la debilidad real de la clase obrera. El proceso de racionalización capitalista se hallaba incrementando la explotación de los trabajadores. En opinión del líder del PCA, en esta época era muy visible la decadencia del imperialismo inglés y el reemplazo de su predominio por el imperialismo norteamericano. Codovilla llama la atención sobre la peligrosidad creciente de esta expansión norteamericana en los países de América Latina. Pese a ello, se manifestaba en contra de las críticas que señalaban la subestimación que habría dedicado Bukharin en el trato de la IC hacia el desarrollo del imperialismo norteamericano en América Latina; por el contrario, el papel subsidiario otorgado por los mayores estrategas de Moscú a la Latinoamérica era plenamente justificada por el dirigente máximo del comunismo en la región: “Je comprends que la question fondamentale est la lutte qui aboutira à la Révolution en Europe, et que l’Amérique ne peut jouer dans la période actuelle un rôle aussi fundamental” (*Archivo IC*, Copia taquigráfica de la intervención de Victorio Codovilla en la VII Sesión Plenaria de la Internacional Comunista. 26 de noviembre de 1927, r. 1, s. 5: 3).

El imperialismo británico, tan ocupado en extraer de sus colonias y semicolonias materias primas para después volver con materias primas para el mercado local, se vio reemplazado por un imperialismo norteamericano de naturaleza sustancialmente diferente, pues sus dos características esenciales, según Codovilla, eran, por un lado, evitar la penetración del imperialismo adversario, y por el otro, disponer de una reserva que pudiera ser usada en momentos en que las necesidades de la economía norteamericana así lo requiriesen.

Si bien se desprende de lo anterior que para Codovilla no existe en el momento en que escribe su alegato una situación realmente revolucionaria, aunque la simiente para que ello sucede está plantada en Latinoamérica. Por eso termina solicitando a la IC una mayor atención a la lucha de los trabajadores en la región. Sin embargo, la nueva importancia adjudicada a América Latina se hallaba en función del desarrollo de la lucha social no en el continente, sino en Europa; el cúmulo de estallidos político-sociales latinoamericanos no dejaba de ser, de acuerdo a este esquema, un mero punto de apoyo para otras experiencias de orden superior que tenían y tendrían lugar en el Viejo continente:

[...] avec l'expérience que nous avons aujourd'hui des révolutions qui se développent dans les pays coloniaux (en Chine, en Indonésie, etc.), faire que l'Amérique du Centre et du Sud puisse être un des appuis contre la stabilisation capitaliste en Europe et contre le développement de l'imperialisme nord-américain, et en faire un point d'appui pour la révolution mondiale (*Archivo IC*, Copia taquigráfica de la intervención de Victorio Codovilla en la VII Sesión Plenaria de la Internacional Comunista. 26 de noviembre de 1927, r. 1, s. 5: 8).

Carente de una estructura capitalista consolidada todavía en 1928, la etapa que debía atravesar la Argentina era la misma que le correspondía al resto de América Latina: una etapa democrático-burguesa de sesgo antimperialista. Codovilla sostenía en la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, reunida en la ciudad de Buenos Aires en 1929, que los países de América Latina, considerados como un todo homogéneo, constituían un bloque de países semidependientes. En América Latina la crisis había comenzado a dar sus síntomas antes de que se produjera el crack bursátil de Nueva York. Los motivos en que descansaba la crisis de las economías latinoamericanas se correspondía con las crisis propias de los países coloniales, consistente en la sobreproducción de productos agrícolas y materias primas, crisis de precios, el retraimiento de los mercados interno y externo (*Archivo IC*, Copia taquigráfica de la intervención de Victorio Codovilla en el XI Pleno de la Internacional. 4 de abril de 1931, r. 1, s. 6: 1, 3). Los golpes de estado en América Latina eran un nuevo método de dominación implementado por las burguesías nacionales, los terratenientes y el imperialismo para hacer recaer sobre los trabajadores los costos de la crisis e impedir, en el mismo proceso, el desarrollo de una revolución de masas. Una parte fundamental de este drástico cambio en los regímenes políticos latinoamericanos residía en la lucha entablada entre los imperialistas norteamericanos y británicos. Estos gobiernos fascistas fraudulentamente constituidos eran la expresión de la avanzada del imperialismo norteamericano. Era el capital de EEUU el que impulsaba el ejercicio deliberado de la represión del movimiento obrero para incrementar la extracción de plusvalía (*Idem*: 13). Se

adoptó entonces la concepción para los países de la región de la revolución de carácter democrático, agrario y antimperialista. A partir de este momento ésta sería la postura que acabaría por hegemonizar el pensamiento comunista latinoamericano Kohan 1998, 19; López Cantera 2012-2013, s/p).

La concepción referida a la actividad cultural que procuró normalizar el PCA durante el fin de la década de 1920 y la primera mitad de los años '30, ¿quedaría trastocada tras la institucionalización soviética de la doctrina del *realismo socialista* y -sobre todo- con el abandono de la línea de *clase contra clase*? ¿Perdería finalmente la cultura su lugar subsidiario frente a la política y la economía, o esta sujeción encontraría una nueva forma de reproducirse? Estos interrogantes deberán ser abordados en una futura investigación.

Consideraciones finales

No sólo en 1917 los bolcheviques se plantearon serios cuestionamientos respecto de los pasos a seguir en la construcción de un proceso político que no tenía parangón en la historia humana. Por el contrario, la búsqueda de metodologías en la realización interna de dicha experiencia se halló estrechamente ligada a lo largo de todo el período aquí analizado al desarrollo de la política exterior entablada entre una amenazada Unión Soviética y un conjunto de disrupciones asimismo inéditas dentro del concierto político de democracia liberal en el viejo continente. Es precisamente esta consideración la que llevaba a un desilusionado -aunque esperanzado- André Gide, en tiempos en que la lucha de clases era trastocada por la lucha democrática encarnada en los frentes populares, a no perder nunca de vista en sus críticas al modelo soviético su carácter de innovación permanente en un proceso de construcción constante (Gide 1936, 17).

Cuando es proclamada a viva voz por Stalin y su círculo, la postura del *socialismo en un solo país* encuentra como punto de apoyo el ejercicio de una práctica concreta que ha ganado en habitualidad hasta convertirse en una fundamentación naturalizada de la IC, consistente en la realización de todos los esfuerzos posibles por parte de los partidos comunistas para conservar al primer país socialista encarnado por la Unión Soviética. Era el convencimiento de esta consideración lo que llevaba a políticos de gran habilidad -tal el caso de Togliatti- a sostener que, más allá de las apreciaciones personales que pudieran emerger en torno de la figura de Stalin, el líder georgiano había pasado, tras el triunfo de la troika conformada junto a Zinoviev y Kamenev en contra de Trotsky, a representar él mismo todo el contenido de la Unión Soviética y constituirse, por derivación, en la garantía de la resistencia efectiva presentada por la clase obrera a los embates del capitalismo internacional. (Rossanda 1975, 11-12). Dentro del nuevo esquema político internacional, la construcción de una cultura propia de la clase obrera que diera cuenta al gran público de esta situación de asedio que se encontraba atravesando el proceso socialista en la Unión Soviética pasó a ser percibido como una tarea inmediata de la más alta importancia.

Las tensiones originadas por esta situación se canalizaron principalmente en torno del significado que podía llegar a otorgarse a la función del intelectual revolucionario dentro de una sociedad capitalista. La cuestión de la política cultural comunista pone en debate -entre otros temas centrales- la necesidad de definir el sentido que se debe dar a la presencia de los

intelectuales dentro del partido. Las polémicas suscitadas en ese terreno fueron sobre todo abonadas en el arco temporal que recorrió la implementación de la política ultraizquierdista de *clase contra clase*. La agresividad clasista entonces propuesta por el comunismo se combinó con la búsqueda efervescente de una unidad de sentido para la actividad cultural que llevaban adelante tanto los intelectuales y artistas afiliados al PCA como aquellos otros que, sin encuadrarse en sus filas, compartían posicionamientos afines.

Bibliografía

- Aricó, José. "La polémica Arlt-Ghioldi. Arlt y los comunistas". *Ciudad Futura* I, N° 3 (diciembre de 1986): 22-26.
- . "Los comunistas y el movimiento obrero". *La ciudad futura. Revista de cultura socialista* 4 (marzo de 1987): 15-17.
- Bisso, Andrés. *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: Buenos Libros-CeDInCI Editores, 2007.
- Brinton, Maurice. *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921. El Estado y la contrarrevolución*. París: Ruedo Ibérico, 1972.
- Camarero, Hernán. "Los comunistas argentinos en el mundo del trabajo, 1925-1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias". *Ciclos* Vol. XI, N° 22 (2° semestre) 2001: 137-155.
- . "El Partido Comunista argentino y sus políticas en favor de una cultura obrera en las décadas de 1920 y 1930", *Pacarina del Sur* 3, N° 11 (abril-junio 2012): s/p. [<http://www.pacarinadelsur.com/home/amautas-y-horizontes/236-el-partido-comunista-argentino-y-sus-politicas-en-favor-de-una-cultura-obrera-en-las-decadas-de-1920-y-1930>. Último acceso: 19/07/2012]
- Candiano, Leonardo y Lucas Peralta. "Raúl González Tuñón: Otras imágenes del verso. Reflejo e invención". Buenos Aires: Ediciones del CCC, 2005 [<http://www.centrocultural.coop/uploads/candiano-peralta.tunon.pdf>. Último acceso: 12/7/2012]
- . *Boedo. Orígenes de una literatura militante. Historia del primer movimiento cultural de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.
- Carr, E. H. *Historia de la Rusia Soviética. Bases de una economía planificada (1926-1929)*. Madrid: Alianza, 3 tomos, 1984.
- Cattaruzza, Alejandro. "Historias rojas. Los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930s". *Prohistoria* XI, N° 11, (primavera 2007): 169-189.
- . "Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista Argentino (ca. 1925-1950)". *A Contracorriente*, Vol. 5, N° 2 (Winter 2008): 169-195.
- David-Fox, Michael. "What Is Cultural Revolution?". *Russian Review* Vol. 58, N° 2 (April 1999), pp. 181-201.
- . "Mentalite or Cultural System: A Reply to Sheila Fitzpatrick". *Russian Review* Vol. 58, N° 2 (April 1999): 210-211.

- de Salvo, Luis. *Ejemplar dirigente obrero. Testimonios de un militante ferroviario y del movimiento de jubilados*. Buenos Aires: Anteo, 1984.
- Dosse, François. *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*. Valencia: Universitat de Valencia, 2006.
- Fernández García, Antonio. “Auge y caída del comunismo”. *Cuadernos de Historia Contemporánea* N° 21 (1999): 107-146.
- Ferreira de Cassone, Florencia. “Roberto Arlt y *Claridad*”. *Revista de Literaturas Modernas*, N° 32, (2002): 49-66.
- . “Boedo y Florida en las páginas de *Los Pensadores*”, *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, Vol. 25 (2008): 11-74.
- Figes, Orlando. *El baile de Natacha. Una historia cultural rusa*. Barcelona: Edhasa, 2006.
- Fitzpatrick, Sheila. “Lunacharsky”, *Soviet Studies* Vol. 20, N° 4 (April 1969): 527-535.
- . *Lunacharski y la organización soviética de la educación y de las artes (1917-1921)*. Madrid: Siglo XXI, 1977.
- . “Cultural Revolution as class war”. Ed. Fitzpatrick, Sheila: *Cultural Revolution in Russia, 1928-1931*. Bloomington and London: Indiana University Press, 1978.
- . “The Civil War as a formative experience”. Eds. Abbott Gleason, Kenez, Peter and Richard Stites: *Bolshevik Culture. Experiment and order in the Russian Revolution*. Bloomington: Indiana University Press, 1985.
- . “Cultural Revolution Revisited”, *Russian Review* Vol. 58, N° 2 (April 1999): 202-209.
- . *La Revolución Rusa*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2005.
- Garrido Caballero, Magdalena. *Las relaciones entre España y la Unión Soviética a través de las Asociaciones de Amistad en el siglo XX*. Tesis de Doctorado inédita. Murcia: Facultad de Letras, Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América, Universidad de Murcia, 2006.
- Godio, Julio. *El movimiento obrero argentino (1870-1910). Socialismo, anarquismo, sindicalismo*. Buenos Aires: Legasa, 1987.
- . *El movimiento obrero argentino (1910-1930). Socialismo, sindicalismo, comunismo*. Buenos Aires: Legasa, 1988.
- Gramsci, Antonio. *Los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Nueva Visión, 1997.
- Hary, Helene. *La Russie en Argentine*. Tesis de Maestría inédita. Universite de Rennes, 2006.
- Holter, Howard R. “The Legacy of Lunacharsky and Artistic Freedom in the USSR”, *Slavic Review* Vol. 29, N° 2 (June 1970): 262-282.
- Kagarlistky, Boris. *Los intelectuales y el estado soviético. De 1917 al presente*. Buenos Aires: Prometeo, 2006.
- Kenez, Peter. “The Cultural Revolution in Cinema”. *Slavic Review* 47, N° 3 (Autumn, 1988): 414-433.
- Kohan, Néstor. “Herejes y Ortodoxos. Ernesto Giudici y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino. Primera Parte”. *Periferias. Revista de Ciencias Sociales* N° 2 (Primer Semestre 1997): 69-92.

- . Marx en su (tercer) mundo. Hacia un socialismo no colonizado. Buenos Aires: Biblos, 1998.
- Kriegel, Annie. *Las Internacionales Obreras*. Barcelona: Martínez Roca, 1968.
- McClelland, James C. "Utopianism versus Revolutionary Heroism in Bolshevik Policy: The Proletarian Culture Debate", *Slavic Review* Vol. 39, No. 3 (September 1980): 403-425.
- Lenin, V. I. *Obras Completas*, tomo XXIII. Buenos Aires: Cartago, 1970.
- López Cantera, Mercedes. "Una aproximación a los primeros análisis de la dependencia argentina y latinoamericana". *Ariadna Tucma Revista Latinoamericana*, Vol. 1, N° 7, vol. 1 (Marzo 2012-Febrero 213): s/p.
- Lucena, Daniela. "Arte y militancia: encuentros (y desencuentros) entre los artistas y el Partido Comunista Argentino", *Ramona. Revista de artes visuales* N° 74 (septiembre de 2007^a): 44-51.
- . "Por el hambre en Rusia. Una ofrenda de los artistas argentinos al pueblo de los soviets", *Sociedad* (2007b): 63-82.
- Martínez, Margarita A. C. *A diestra y siniestra: un análisis de los símbolos políticos del partido comunista argentino y la derecha nacionalista 1920-1950*. Tesis de Licenciatura inédita. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 1999.
- Mezhúiev, V. *La cultura y la historia*. Moscú: Progreso, 1980.
- Nove, Alec, *Historia económica de la Unión Soviética*. Madrid: Alianza, 1991.
- Pasternac, Nora, *Sur: una revista en la tormenta. Los años de formación: 1931-1944*. Buenos Aires: Paradiso, 2002.
- Picó, Josep y Juan Pecourt. "El estudio de los intelectuales: una reflexión", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas (Reis)* N° 123 (2008): 40-42.
- Pirani, Simon. *The Russian Revolution in Retreat, 1920-24. Soviet workers and the new communist elite*. London and New York: Routledge, 2008.
- Ponce, Aníbal. *Obras Completas*, tomo IV. Buenos Aires: Cartago, 1974.
- Rodríguez, Fernando Diego. "INICIAL. Revista de la nueva generación. La política en la vanguardia literaria de los años '20", *Estudios Sociales. Revista universitaria semestral* V, N° 8 (1° semestre de 1995): 49-75.
- . "Estudio preliminar". *Inicial. Revista de la nueva generación (1923-1927)*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2004.
- Rossanda, Rossana. *Los intelectuales revolucionarios y la Unión Soviética*. Barcelona; Anagrama, 1975.
- Sarlo, Beatriz. "Prólogo". Comp. Sarlo Sabajanes, Beatriz: *Revista Martín Fierro (1924-1927). Antología*. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor (1969): 7-14.
- . "Intelectuales y revistas: razones de una práctica", *América. Cahiers du CRICCAL* 8-10 (1992): 9-16.
- . "Vanguardia y criollismo: la aventura de Martín Fierro". Eds. Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo: *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la Vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- . *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.

Saítta, Sylvia. “Entre la cultura y la política: Los escritores de izquierda” Dir. Cattaruzza, Alejandro. *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930-1943)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2001, tomo 7, 383-428.

------. “Polémicas ideológicas, debates literarios en *Contra. La revista de los franco-tiradores*”. Estudio Preliminar a *Contra. La revista de los franco-tiradores*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 2005

Suárez Guerrini, Florencia. “De la torre de marfil al foro. Revistas culturales y guerra europea en la escena intelectual porteña”. *Cuartas Jornadas Archivo y Memoria. La memoria de los conflictos: legados documentales para la Historia*. Madrid (19-20 de febrero de 2009): 1-9

[http://www.archivoy memoria.com/jornada_04/docu_04/4J_Comunicacion_27_Florencia%20Su%C3%A1rez%20Guerrini_web.pdf. Ultimo acceso: 12/10/2012].

Wellisz, Stanislaw. *La economía en el bloque soviético*. Madrid: Alianza, 1966.

Zola, Emile. *Yo acuso*. Buenos Aires: Leviatán, 1983.

Fuentes primarias

Archivo International Comunista (COMINTERN). Su relación con el Partido Comunista de la Argentina, 1921-1940

Bogdanov, Alexander. *El arte y la cultura proletaria*. Madrid: Alberto Corazón, 1979.

Bujarin, Nicolás. “Intervenciones de la delegación latinoamericana sobre el informe Bujarin”. AAVV: *VI Congreso de la Internacional Comunista. Informes y discusiones. Segunda parte*. México: Cuadernos de Pasado y Presente, 1978.

Byuro Sekretariata Ispolkoma Komintern. *Kommunisticheskii Internatsional pered VII Vsemirnym Kongressom (Materiali)*. Moskva: Partizdat TsK VKP (b), 1935.

Gide, André. *Regreso de la U.R.S.S.* Buenos Aires: Sur, 1936.

Lozovsky, Solomon. *El movimiento sindical latinoamericano (sus virtudes y sus defectos)*. Montevideo: Ediciones del Comité Pro-CSLA, 1929.

Stalin, José. *El Plan Quinquenal*. Madrid: Aguilar, 1931.

Publicaciones periódicas

La Correspondencia Sudamericana

Actualidad

Mundo Obrero

Valoraciones

Bandera Roja

Frente Unico

Contra. La revista de los franco-tiradores

Recibido: 17-11-12

Aceptado: 22-02-13